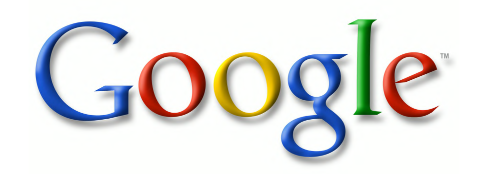
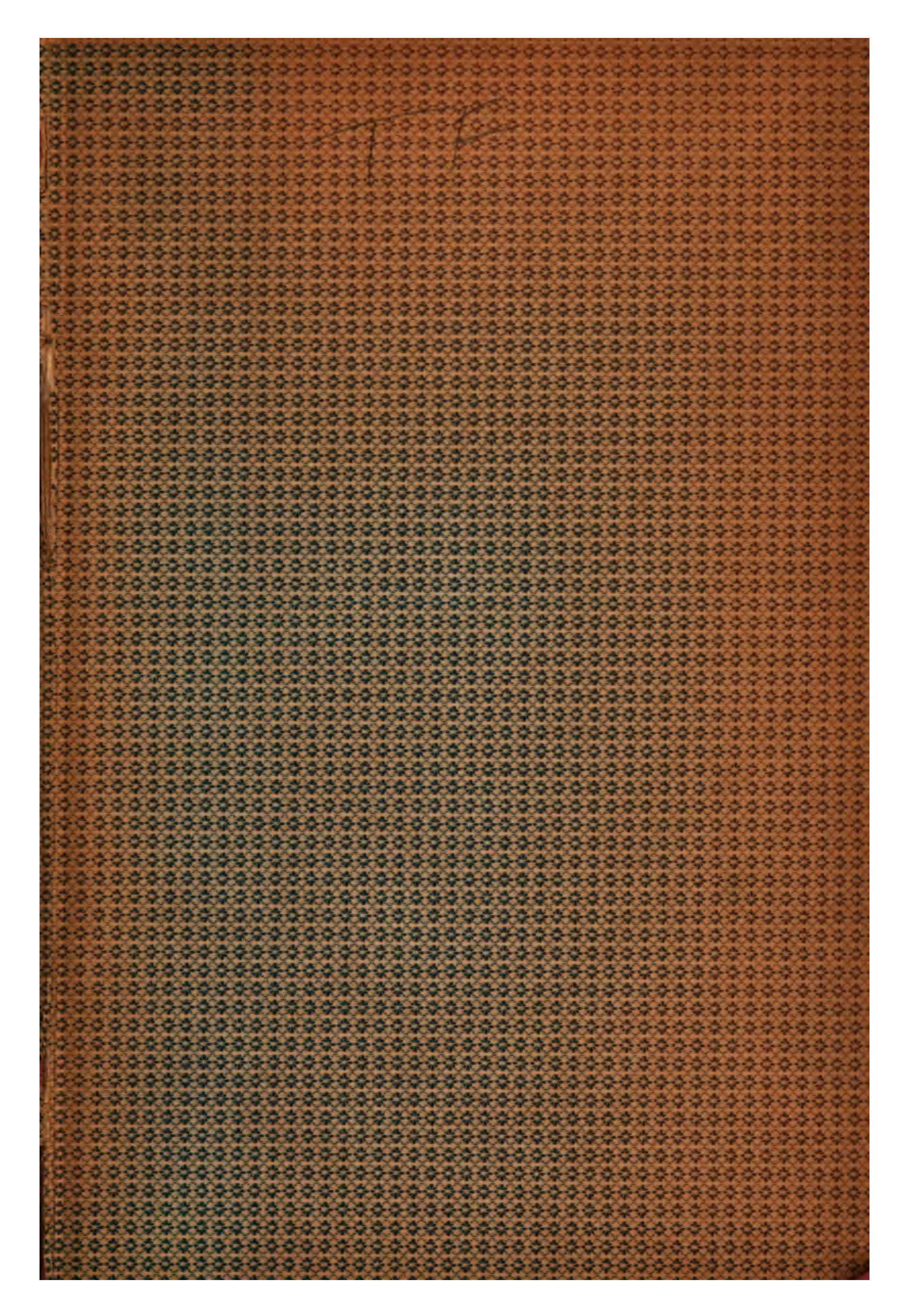



VERITAS
RADCLIFFE
COLLEGE
LIBRARY



250

Mildred Todd from
Señora di Pannaring

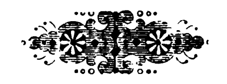
Educación Femenina

COLECCIÓN DE ARTÍCULOS PEDAGÓGICOS,

MORALES Y SOCIOLÓGICOS

POR

TERESA GONZÁLEZ DE FANNING



LIMA

TIPOGRAFIA DE "EL LUCERO"

CALLE DE LA UNION (BAQUIJANO) 767

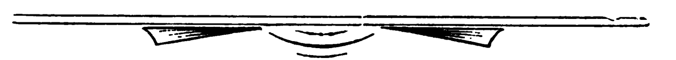
1905



Habiéndose agotado la primera edición de los artículos comprendidos bajo el lema de "Educación Femenina" y recibiendo pedidos que no puedo desatender, me he decidido á hacer esta segunda edición aumentada con algunos otros escritos que más ó menos versan sobre el mismo interesante tópico y que han sido publicados después.

T. G. DE FANNING.

Lima, Noviembre 1905.



A la Señorita Millicent Todd

Manifestación de aprecio de

La Autora

Lima, Setᵉ. 18 – 1907

Ya en prensa esta edición, hemos recibido la siguiente carta; á cuya patriótica y para nosotros honrosa solicitud, no hemos podido dejar de acceder.

Trujillo, Mayo 18 de 1898.

Sra. Dª. Teresa González viuda de Fanning

Lima.

Muy respetada señora:

Considerando patriótico difundir en nuestra sociedad el conocimiento de las buenas ideas emitidas por U. sobre educación, hemos acordado reunir en un folleto que repartiremos gratis y con profusión, los artículos publicados por U. en «El Comercio» de Lima bajo el rubro «Educación Femenina», para lo cual solicitamos su permiso.

Felicitamos á U. por el acierto con que ha tratado asunto de tanta importancia social; y nos suscribimos muy respetuosamente de U. atentos y S. S.

Cesar Goycochea **Victor Larco Herrera** **Rafael Larco Herrera**

Federico Vasquez **Casimiro Medina**

Bejamín Pérez Treviño

José Diez Salazar **Gustavo de la Torre**

S.S. Cesar Goycochea, Victor Larco Herrera, Rafael Larco Herrera, Federico Vásquez, Casimiro Medina, Benjamín Pérez Treviño, José Diez Salazar y Gustavo de la Torre.

Trujillo.

Señores

Motivo de íntima satisfacción es para mí la aprobación que á personas tan ilustradas y competentes como UU. les han merecido mis escritos sobre la educación de la mujer, hasta el punto de desear reunirlos en un folleto y repartirlos con profusión; según se sirven manifestármelo en su atenta omunicación de 18 del presente.

Grato me es desde luego acordar á UU. el permiso que solicitan; pues el trabajo de propagación que se proponen hacer de las ideas por mí sustentadas, es la prueba más concluyente de que no han sido vanos mis esfuerzos en pró del bien común; esfuerzos de que me creo ampliamente recompensada con la resolución tomada por UU.

Reconocida á la felicitación que se sirven hacerme, me es grato suscribirme con la mayor consideración y aprecio de UU. muy atenta servidora.

Teresa González de Fanning.

EXORDIO

Las páginas que van á continuación, escritas á vuela pluma, estaban destinadas á tener la vida efímera de las publicaciones periodísticas; más la buena acogida que ellas han tenido; el afán de muchas madres de coleccionarlas; y la indicación de personas cuya opinión apreciamos, nos han decidido á reunirlas en un sólo volúmen que hoy ofrecemos á nuestros amigos y al público sensato.

En ellas no hay, como algunos ilusos ó mal intencionados han pretendido, ataques á la religión; si no es que se pretende entronizar como verdades anexas á ella, ciertos abusos que la desvirtúan y la dañan. Hay, si, defensa de la Moral y propósito decidido de procurar una reforma radical en la educación que hoy se dá á la mujer y cuyo resultado sea la unión de la familia que, desgraciadamente y con daño positivo de la sociedad, se va perdiendo.

Esas páginas tienden á establecer que los padres son y deben ser los jefes, no aparentes sino efectivos, de la familia; y que, inquiriendo los deberes que la Naturaleza, la Religión y un bien comprendido amor á sus hijos les imponen, están obligados á cumplirlos con decisión y firmeza; desligándose de influencias perniciosas y del espíritu de imitación y de pueril vanidad que no pocas veces los induce á abdicar sus más sagrados derechos y á entregar incondicionalmente, so pretexto de religión, la dirección moral de sus hijas y su iniciación en la vida social, á cargo de maestras incompetentes ó sumisas á intereses sectarios que están en desacuerdo con los de la sociedad y la familia.

Teresa González de Fanning

Lima, Mayo 4 de 1898.

EDUCACIÓN FEMENINA [1]

Suponiendo terminado el período candente y apasionado de este asunto que tanto ha exaltado los ánimos, vamos á emitir algunas ideas al respecto; con el derecho que nos dan diez y seis años de profesorado y un constante trabajo en pro del mejoramiento de la educación de la mujer.

Desligadas de toda ingerencia directa é indirecta en los actuales colegios, protestamos ser recta nuestra intención y bien agena á todo mezquino interés personal.

A juicio nuestro la cuestión en debate puede plantearse en estos términos:

¿Conviene más á la mujer la educación que se le dá en los colegios de monjas, ó la que recibe en los colegios laicos?

Un escritor nacional ocupándose de la instrucción dada por religiosos, dice:

[1] Esta serie de artículos fué escrita con motivo de uno publicado por la Sra. Cabello de Carbonera y combatido por la Sra. Lastenia Larriva de Llona y otros escritores nacionales.

«.........siendo estos servicios—los de las mon-
« jas,—verdaderamente útiles á la sociedad en lo
« que se refiere á la mujer, tanto bajo el aspecto de
« la parte moral y doméstica, cuanto en materia de
« instrucción; asunto en que casi debemos estar sa-
« tisfechos, teniendo muy poco que desear.»

Y luego continúa:

«En los colegios de hombres, no podríamos decir
« otro tanto en materia de instrucción; pero sí en el
« ramo de *educación del caracter*; punto que los sa-
« cerdotes vienen estudiando desde hace veinte si-
« glos, siendo en este sentido muy fuertes y sin
« competencia. Sus prevenciones contra la ciencia;
« sus distingos en Filosofía y sus propósitos conser-
« vadores, los hacen desgraciadamente opuestos; á la
« índole de las modernas sociedades, esencialmente
« democráticas, progresistas y adoradoras de la cien-
« cia y del libre exámen.»

Justas y acertadas encontramos las apreciaciones del doctor Capelo, autor de las citadas líneas, en todo lo que se refiere á la educación é ilustración del hombre; pero diferimos de su opinión en lo que á la educación de la mujer atañe; y más en lo relativo á la instrucción. Si esta, es decir, la instrucción que los religiosos dan al hombre, es deficiente por las fundadas razones que expone, lógico es suponer que de los mismos defectos adolece la que en institutos semejantes recibe la mujer. La verdad es una: y la mujer, como ser inteligente, tiene derecho á ella al igual que el hombre. A penas si podría tolerarse—pero no es tal nuestra opinión,—variante en la cantidad; más nunca en la calidad. En los albores del siglo XX no es admisible que haya

ciencia *esotérica y exotérica*; ni que la mitad del genero humano quede estacionaria mientras la otra mitad avanza. Viajeros que se dirigen al mismo punto y que juntos tienen que hacer igual camino, no es sensato pretender que el uno vaya provisto de mullidas ropas de abrigo que le sirvan de escudo contra la intemperie, en tanto que su compañera las lleve tan livianas que quede expuesta á todas las inclemencias del clima.

Tenemos por cierto—y nadie pretenderá desmentirnos,—que la educación para que sea buena ha de estar basada en los principios de una sólida moral que inculque en el educando constante decisión por el cumplimiento del deber; y que la instrucción tenga por objetivo no solo la posesión de la verdad y la adquisición de útiles conocimientos, sino que estos sean asimilables al medio social en que está destinado á vivir; proveyéndolo de los recursos conducentes á resolver los problemas que en la vida práctica han de presentársele

La mujer, destinada por la naturaleza para formar parte de la sociedad y de la familia, de hija pasa unas veces á ser esposa y madre; otras, que acaso son las más, emprende sola la lucha por la existencia llevando á cuestas el sambenito de la soltería. En el primer supuesto: ¿cómo las monjas que abjuran de la familia, del matrimonio y de la sociedad, podran educar hijas sumisas y cariñosas, esposas ejemplares y buenas madres de familia? Eso equivale á pretender que un ciego enseñe la pintura ó un sordo el canto. Si lo segundo ¿cómo inculcarán en sus educandas el temple de espíritu, la expedición y el acierto para gobernarse en los casos difíciles, y aún en los ordinarios, las que huyendo

de las tempestades de la existencia se han refugiado á orar tranquilamente en el santuario?........Absurdo es esperarlo.

Y es en los colegios de monjas donde se educan las hijas de nuestras más distinguidas matronas; y, por imitación, muchas que pertenecen á la clase media y aún al pueblo; creyendo erradamente las madres que tal hacen, que así introducen á sus hijas en la buena sociedad, y procurándoles en efectivo abundante cosecha de desdenes y decepciones en el presente y mayor, si cabe, para el porvenir.

Todas convienen por lo menos, en que la instrucción que se dá en los colegios de monjas es larga y tardía; pero ante tal observación no ha faltado persona de elevada posición social que nos dijera: «Ya « es una costumbre establecida, que las niñas estén « en el colegio hasta los dieciocho años ó más; ¿qué « haríamos con ellas en la casa, en una edad en que « todavía no deben presentarse en sociedad? Ellas « mismas se fastidiarían; en tanto que en el colegio, « se entretienen con sus condiscípulas y se acostum- « bran al orden, al método, que no es posible ten- « gan en la casa». ¡Una hija fastidiarse en su propio hogar, al lado de sus padres y de sus hermanos!.........¡Una madre que se declara incompetente para dar la educación doméstica á su hija!..........

Otra señora,—y conste que estos son hechos auténticos;—se lamentaba de que sus hijas, después de varios años de estar en el mejor colegio de monjas, no hubieran aprendido sino á rezar; cosa decía, que tambien ella podía enseñarles. Siquiera se reconocía competente para esto: ya es algo. Sin embargo, á la vez que reconocía el atraso de sus hijas y que solicitaba que recibieran lecciones que las

adelantaran durante las vacaciones, se proponía después de ellas, volverlas al mismo colegio; fundándose en que *allí no tienen que pasar la calle.* Tal es la nécia frase sacramental. Como si destinaran á sus hijas á vivir encerradas en el claustro. Por lo demás las niñas pasean bien libremente cuando no es cuestión de ir al colegio.

Pero la razón de más fuerza en que fundan su predilección los panegiristas de la educación monjil es, *que allí se les enseña muy bien la religión.* Y hoy ninguna niña de buena familia hace su primera comunión, sin pasar antes varios días preparándose en algún colegio de monjas.

Ocurre hacer dos preguntas: 1ª Antes de que hubiera congregaciones docentes en el Perú ¿quién se encargaba de la instrucción religiosa de las niñas? 2ª En los colegios laicos ¿no se dá, ó acaso se dá incompleta la eseñanza religiosa?

A la primero contestaremos: que antes que se fundara el colegio de Belén que fué el primero de su género que hubo en Lima, nuestras madres, desde que sus hijos empezaban á balbuciar algunas palabras, les enseñaban á recitar las oraciones y les inculcaban con la palabra y con la acción, la idea de Dios y el sentimiento religioso; teniendo después por colaboradora á la maestra; y no creemos aventurado asegurar que, si bien no existían tantas hermandades y congregaciones, si todavía las viejas advocaciones de la Virgen de las Mercedes, del Cármen y del Rosario, no habían sido sustituidas por las modernas de Lourdes, del Perpetuo Socorro, del Buen Suceso, del Rosario de Pamplona, etc.; cuando San Agustín y los Santos Apóstoles, no le

habían cedido el puesto á Santo Tomás de Villanueva, á San Onofre y á San Expedito, entonces decimos, —tal vez será senil manía que siempre pretende que fueron mejores los tiempos que pasaron,—pero nos parece que había entonces piedad más sólida; más acendrada virtud. Sin descuidar los deberes religiosos, se atendía mucho á los domésticos, por aquello de que *primero es la obligación que la devoción*; principio de buen gobierno doméstico que se ha sustituído por el de que *cuando Dios nos llama, es permitido, desobedecer y abandonar á los padres*: máxima que, excepto raros y fenomenales casos en que apenas cabría aplicarla, en los más es un mal encubierto pretexto para quebrantar el cuarto precepto del Decálogo: y principio disolvente que mina por su base la paz y la unión de la familia.

En cuanto á la instrucción religiosa que se da en los colegios laicos, bastará decir que, aparte del acendrado fervor que distingue por lo general á la mujer peruana, las Directoras de colegio están obligadas á seguir el Plan de Estudios que prescribe la enseñanza de los cursos de Catecismo, Religión, Historia Santa, Vida de Jesús é Historia Eclesiástica. Además, las internas son llevadas á misa en los días de precepto; y raro será el colegio en que no se las acostumbre á rezar el rosario, y alguna otra devoción. De suerte que en la parte moral y religiosa, en la que pudieramos llamar la parte psicológica de la educación, no reconocemos superioridad en los institutos monacales sobre los laicos.

En cuanto al desarrollo y cultura de la inteligencia, la experiencia de muchos años y la asistencia á exámenes en varios colegios laicos, nos han dado

el convencimiento de que la enseñanza que en ellos se da es por lo general más completa y más pronta; siendo por consiguiente más económica; y lo que es más importante,más adaptada á nuestras costumbres y necesidades: es más peruana.

Ultimamente preguntamos á una niña que se educa en colegio de mojas, acerca del sistema decimal; y, recitándonos su texto francés, nos dijo que la unidad monetaria es el *franco*.

De un folleto publicado en 1886 por don Ricardo Palma, refutando un texto de Historia del Perú escrito por el padre Cappa, tomamos las siguientes líneas que dan una idea del espíritu y tendencias de la obra que, al menos entonces, servía de texto de enseñanza para niños peruanos.

« Valiente historia la que el padrecito pretende
« enseñar á nuestros hijos! Los Incas, bárbaros
« opresores dignos de ser condenados; el coloniaje
« todo bienandanza y todo tratarnos *con excesivo*
« mimo (pág. 16,) la República, una vergüenza; los
« próceres de la independecia, *ambiciosos sin ante-*
« *cedentes*, y verdaderos monstruos; de Inquisición
« una delicia, cuyo restablecimiento convendría; la
« la libertad de imprenta una iniquidad; Bolivar,
« San Martín y Monteagudo,tres peines entre los que
« distribuye los calificativos obceno, cínico, pérfido,
« inmoral, malvado, y sigue el autor despachando-
« se á su regalado gusto;el padre Cisneros un impío;
« el canónigo Arce,un blasfemo; Mariátegui,un libé-
« rrimo; Luna Pizarro y Rodríguez de Mendoza;
« sembradores de mala semilla; nuestro clero trata-
« do con menosprecio;nuestra sociedad de Beneficen-
« cia, satirizada; en una palabra toda nuestra vida

« independiente no significa para el padre Cappa « sino retroceso, corrupción y quizás barbarie. »

Hace pocos dias se publicó en los periódicos un discurso del Director del colegio de los padres del Espíritu Santo en que hacía valer el sentimiento de *amor á la Francia* que inculca á sus discípulos. El amor á la patria brota vigoroso en los corazones; y es natural que el maestro francés enseñe á sus discípulos á amar á la Francia, como el peruano lo enseñará á amar al Perú.

Como estos podríamos citar otros ejemplos; pero á nuestro propósito basta con lo dicho.

No se crea que deprimimos y hacemos sistemática oposición á los maestros europeos en general; nada menos que eso: reconocemos la ilustración y el mérito individual de muchos; los creemos fáctores útiles para la gran obra de la educación de la infancia, siempre que no actúen en grupos aislados y relativamente independientes; porque en tal caso el maestro francés, inglés ó alemán, enseñará de preferencia la historia y la geografía de Francia, Inglaterra ó Alemania y el amor al suelo donde nació; si es sacerdote ó monja todo lo pospondrá al acrecentamiento del culto, de la Iglesia y de la congregación de que forme parte. Para ésta serán los provechos que de la enseñanza obtenga: y lo que no sea estrictamente necesario para impulsar el negocio, se irá en buenos giros para Europa.

Tal vez la palabra *negocio* parezca mal sonante cuando se trata de comunidades religiosas; pero á la vista están las valiosas fincas que las congregaciones docentes poséen en Lima; y nadie ignora que cada una de estas congregaciones es sucursal de otra europea á la que le es obligatorio remitir fon-

dos. Y ¿cómo no lo será cuando hasta instituciones de distinto género como es la de « Las conferencias de San Vicente de Paúl » tiene que enviar á Bolonia una parte de los fondos que colecta para aliviar la miseria de las familias indigentes?..........

Frecuentemente nos llegan desconsoladoras noticias acerca del inconcebible estado de ignorancia y embrutecimiento de la mayoría de los habitantes de nuestras serranías; y en tales ocasiones no podemos eximirnos de hacer penosas reflexiones acerca de las innúmeras asociaciones religiosas de ambos sexos que se acumulan en Lima y que tanto bien podrían hacer si se propusieran redimir á tantas víctimas de la ignorancia y de las supersticiones más groseras;á tantos seres que de cristianos apenas tienen el nombre; pues, sus creencias y sus práticas se acercan más al grosero y sensual paganismo, que á las espirituales creencias evangélicas; á seres que, embrutecidos por el alcoholismo y por el ócio, tienen de humanos apenas la figura. Pero de esta misión redentora verdaderamente evangélica y civilizadora, solo los RR. PP. Descalzos se han encargado: únicamente ellos, armados con la cruz y la azada, abren caminos en nuestras selvas; atraviesan ríos caudalosos; y, exponiendo sus vidas, llevan regueros de luz á esos recónditos lugares y ganan para la República, para la civilización y para el Cristo, á los que poco antes se confundían con las fieras de los bosques. Desgraciadamente esos abnegados obreros del bien son muy pocos para llevar á cabo la inmensa labor que queda por hacer.........

Volvamos á los colegios de Lima; á la educación de la juventud.

Aunque al empezar estas páginas solo nos propucimos ocuparnos de la educación de la mujer, ocasionalmente y como un medio de reforzar nuestros argumentos en favor de la enseñanza nacional, haremos notar el escaso fruto que, salvo raras excepciones, diera la educación de niños en Europa. Cualquiera puede, registrando sus recuerdos, constatar con exactitud esta aserción. Ciertamente no es de los que pasaron la niñez y la primera juventud en Europa, de los que han salido los hombres que por su patriotismo y su talento han ensalzado el nombre peruano: nos es de entre esos que han salido los Grau, los Bolognesi, los Ureta, los García Calderón, los Villareal, etc., etc, Esos, por lo general, al volver después de algunos años de ausencia, se encuentran con que han perdido sus amigos de la infancia; con que sus costumbres y sus aspiraciones son distintas, que casi resultan ser extrangeros en su propia patria á la que talvez desdeñan encontrándola atrasada y mezquina al compararla con las naciones del viejo mundo.

La educación europea es como las plantas exóticas que es menester adaptarlas al clima y al suelo donde se trasplantan: Entonces puede dar ópimos frutos: como lo prueba entre otros casos « El Instituto de Lima » en sus dos etapas: servido por maestros alemanes y peruanos; y vigilado por un grupo de ilustrados padres de familia que velan por el adelanto de sus hijos.

Un caso de actualidad viene á confirmar nuestras apreciaciones: un caballero tan juicioso como ilustrado, y que pertenece á nuestros más elvados círculos sociales, después de varios años de residencia

en Europa, resolvió regresar con su familia al Perú; fundándose, se nos dice, en que en Europa no hay porvenir para los jovenes americanos; y que sus hijos debían habitar en su propio país. Como alguien le observara que, donde los educaría? contestó juiciosamente:

—« Se educarán donde me eduqué yo. »

Seguro es que si esos jóvenes después de haber adquirido sólida instrucción y de haber aprendido á amar á su patria peruana, vuelven á Europa, estarán más aptos para apreciar y asimilarse los progresos de la ciencia; y si es que en la comparación encuentran pequeño y atrasado al Perú, no por eso lo desdeñarán: antes bien trabajarán porque sobre él irradien los rayos del foco luminoso de la civilización que hoy tiene su asiento en las naciones europeas.

—Por desgracia no abundan los padres como el de que nos venimos ocupando. Todo el que puede manda sus hijos á educarse en Europa, aún cuando después de una dolorosa separación é ingentes gastos, regresen á la patria tan ignorantes como lo eran al partir...........

A las mujeres rara vez se las manda á educar en Europa: á esas se les encierra en los colegios de monjas donde solo les es dado ver á los suyos *una vez en el mes* ó recibir en *el salón* la visita de algun deudo en los días y horas en que lo permite el reglamento del colegio. Al principio sufren las niñas al verse-aisladas entre gente extraña, en un medio ambiente para ellas desconocido, pero poco á poco el hábito amortigua esa especie de nostalgia del hogar, y cuando después de cuatro, seis, ó más años, regresan definitivamente á él, es á costa de un nuevo desga-

rramiento: las condiscípulas y las *madres* forman ya su verdadera familia; á ellas las ligan estrechos vínculos diestramente sostenidos por medio de visitas y fiestas devotas que ocupan la mejor parte de su tiempo; hay que preparar flores, bordados y costosos adornos para el altar, para la imágen predilecta; es preciso, y en ello se interesa la juvenil vanidad, es preciso salir airosa en la lucha de destreza y de generosidad que se establece entre los diversos grupos devotos....... ....

Y, mientras esto pasa con las niñas y probablemente también con los niños educados por religiosos ¿cuál es la suerte que les toca á los maestros peruanos? La Rosa Toro, después de emplear sus mejores años en derramar luz en cerebros infantiles y formar ciudadanos, muere sin legar á los suyos bienes de fortuna; Goitizolo,otro martir de la enseñanza, se libra de la miseria mediante una pensión que le acuerda la Beneficencia; la muy estimable señora María Rivas, arrastra una vejez llena de privaciones hasta que la muerte ponga fin á su mar tirio: y como estos hay tantos que han corrido ó corren idéntica suerte! Tantos que, llenos de ciencia y buena voluntad, como Robles y como Cabrera, sostienen dura lucha para llevar el pan á sus hijos! Largo;muy largo es el martirologio de la enseñanza! Jornaleros de la, inteligencia, apenas si ganan el sustento del día sin que les sea dado guardar reservas para la vejez.

Cada año expide el Concejo Provincial de Lima, de ciento á doscientos diplomas de profesoras: esos diplomas representan el asiduo trabajo de algunos años y con frecuencia las economías de la familia que de esa suerte crée asegurado el porvenir de sus

hijas y el descanso de su propia vejez; pero, excepción hecha de las pocas que logran un puesto de directora ó de auxiliar en las escuelas municipales, las restantes, ó bien alquilan sus servicios á vil precio, ó encarpetando su inútil diploma apelan al matador recurso de la costura. Si alguna, porque dispone de los medios para ello, se decide á fundar colegio, también tiene que sufrir un verdadero viacrucis. Vanos serán sus esfuerzos para hacer progresar á sus más distinguidas discípulas; pronto llegará el día en que se vea despojada de las que constituían su justo orgullo. Con el banal y manoseado pretexto de que *están grandes para pasar la calle*, serán trasladadas á colegios de monjas donde otras cosechan los frutos de sus desvelos.

Amargada y llena de decepciones, la maestra peruana no obtiene ni aún la compensación de la gratitud; porque esas niñas, de cuya inteligencia descorriera ella los primeros y más tupidos velos, al pasar al colegio de monjas se avergüenzan de su antigua institutriz y de su primer colegio: es, dicen, *la escuelita* donde aprendieron á leer......

La maestra peruana consume sus modestos ahorros en preparar lucidos exámenes que pongan de manifiesto ante los padres de familia y ante el público, los progresos que, mediante sus esfuerzos han hecho sus discípulas durante el año; esfuerzos que suelen ser premiados con el vacío durante las actuaciones, y un lleno completo el día de la fiesta de la distribución de premios. Las monjas no se dan esa pena: ellas mismas, á puerta cerrada, examinan á las niñas y les adjudican los premios. A la distribución de éstos, sí, suelen ser invitados los pa-

dres de familia que miden los progresos de sus hijas en razón de los premios obtenidos.

Todas las cargas y desventajas son, pues, para la maestra peruana; porque la moda, más ciega que el mitológico Dios del amor, quiere que la mujer sea educada por monjas. Si de este capricho sólo resultaran perjudicadas unas cuantas centenas de mujeres que empeñosas buscan el modo de abrirse camino en el áspero brezal de la vida, siempre sería de lamentarse; pero cuánto más lo es ante la consideración de que la educación de la mujer es la base sobre que se alza el edificio social! De ella depende la suerte de la familia, ese laboratorio de hombres, de donde han de salir los ciudadanos que den lustre á la patria ó que la hundan en el abismo del retroceso.

II

Vamos á continuar el trabajo que hemos comenzado, relativo á la educación de la mujer, alentadas por la favorable acogida que ha merecido nuestro primer artículo, entre la mayoría de las personas juiciosas y bien intencionadas; y sin tener en cuenta cierta nota discordante con que, munidos con el antifaz del anónimo, los que se creen perjudicados en sus intereses, han desahogado su bilis en insultos que no alcanzan á herirnos y que nada prueban en contra de nuestros asertos, sino que más bién los confirman. El insultar y torcer con argumentos capciosos las ideas vertidas con recta intención, es usar armas de mala ley, que dan la medida justa del valer moral de quien las emplea. El guante así arrojado, no se recoje; se pisa. El propio respeto nos veda

que le dispensemos el honor de prestarles atención á esos desleales contrincantes, de quien ya nos guardaremos de volver á hacer mención......

Antes lo indicamos y hoy insistiremos sobre el mismo punto: la base más sólida de la educación de la mujer, y mejor diríamos del ser humano, es la moral. La moral que es una y la misma en todas las naciones que gozan de los beneficios de la civilización cristiana: ya sean católicas ó ya pertenezcan á cualquiera de las sectas comprendidas bajo la denominación de *protestantes*. ¿Quién pondrá en duda la moralidad de la familia en la anglicana Inglaterra ni en la luterana Alemania?

La moral cristiana en cierto modo está compendiada en el doble precepto del Decálogo: «Ama á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á tí mismo». Si cumplimos estrictamente nuestros deberes para con Dios y para con nuestros semejantes, raro será que no llenemos los que á nuestra individualidad se refieren. Tanto es así, que se ha erigido como la más segura regla de conducta, la máxima de: «Haz á otro lo que quieras que te hagan á tí». Cuán bien marcharía la sociedad, si las madres, esas cultivadoras de hombres, arrancaran de los tiernos corazones de sus hijos cuanto á esas máximas se opone, como el solícito labrador arranca de su campo las yerbas parásitas que consumen los ricos jugos de la tierra.

Tenemos observado que para muchos padres y aún para algunos seudo-moralistas, el punto culminante, el interés capital cuando se trata de la educación de la mujer, es preservarla por medio del aislamiento, más que de la vigilancia, de todo lo que pueda sacarla de la feliz inocencia de la in-

fancia. Aplaudimos ese celo más no la manera de ejercerlo; pues no parece sino que para esos padres y educacionistas, el Decálogo solo constara de un precepto: el sexto; y que solamente hubiera un pecado capital digno de tal nombre. Con tal de que sus hijas se conserven castas, y á su juicio inocentes, hacen caso omiso de que sean soberbias, egoístas, vanas, envidiosas; que tengan, en fin, todos los otros defectos que endurecen el corazón y vician el caracter.

El indiscreto y exajerado celo que de ordinario se despliega para conservar la inocencia femenil, y que suele dar resultados contraproducentes, parece ser una reminiscencia, una especie de atavismo de las costumbres orientales ingertadas en nuestras venas con la mezcla de sangre árabe de la raza española. Por un original contraste, se les despierta á las niñas la malicia y se pretende luego alejarlas de sus consecuencias. Aún no han mudado los primeros dientes y ya se les habla de novios: «Fulanito es tu novio; con él te vas á casar». Estas y otras frases análogas que alejando á la niñez de los sencillos juegos de la infancia, despiertan en ellos una precocidad malsana, son de uso corriente en las mismas familias que después encierran á sus hijas en colegios de *Monjas para que no pasen la calle.* Se quiere retener la pelota despues de lanzarla. De esa suerte las niñas de suyo curiosas é indagadoras, impulsadas por el atractivo de lo prohibido, ponen en juego todos los recursos para conocer y escudriñar lo que tan afanosamente se les oculta; y adquieren por lo menos la ciencia teórica del mal en el trato con las condiscípulas *más ilustradas*; cuando no por medio de las mercenarias

mujeres del servicio doméstico; resultando en efectivo, algo semejante á hermosos duraznos que tienen el corazón agusanado.

La vigilancia maternal deberá ser constante; pero ejercida con tal prudencia, que sea para la infancia como una atmósfera moral que la envuelva sin dejarla sentir la presión que sobre ella ejerce. Lo mismo que en relación con la edad se le gradúa el alimento para favorecer sin peligro al desarrollo físico, debe tambien gradúarsele el conocimiento de la ciencia de la vida enseñándole el modo de conocer y evitar los escollos que han de obstruir su camino: conquistando á fuerza de solicitud y ternura el papel de amiga y confidente que tan inconsideradamente suele abandonar.

Sumo tacto debe presidir á la elección de maestra, de confesor y de amigas para las niñas. La experiencia ha demostrado que no siempre en las aulas y en el confesionario se enseña la buena doctrina; y harto conocidos son los males que acarrea una amistad inconveniente.

La madre puede compartir la dirección de la enseñanza moral de sus hijas, más nunca abdicar de ella; y á nadie debe ceder el primer puesto en tan delicado cargo.

El internado de las niñas en esos grandes colegios donde se reunen 150 ó 200 alumnas, afectadas no pocas de ellas de graves enfermedades morales adquiridas por el ejemplo, por la herencia ó por el medio ambiente en que les tocara vivir, equivale á exponerlas á inevitable contagio por mucha que sea la vigilancia de las profesoras. Los padres que tan celosos se muestran para conservar la inocencia virginal de sus hijas, obrarían prudente-

mente si hicieran de suerte que al formar un nuevo hogar no conocieran otro que el de sus padres. La maestra debe ser la colaboradora, nunca la suplantadora de la madre cuyos derechos y deberes son intransferibles.

Mas delicada, si cabe, que la elección de colegio, es la del confesor. No todos los que visten hábito talar reunen las múltiples condiciones que se requieren para dirigir la conciencia de una adolescente. Disertando sobre esta materia con una de nuestras antiguas discípulas, nos decía, refiriéndose á una de sus amigas: " Me decía que la última " vez que se confesó, le dijo el padre algo que la " hizo tomar la resolución de no volver á confesar- " se; y no quiso repetir la frase ó frases que tanto " le habían chocado. "

Otra persona nos refirió igualmente que, cuando apenas contaba quince años, llena de fervor fué á confesarse, como un medio de atraer las bendiciones del cielo sobre la cabeza de su padre, cuya vida estaba en peligro; y que el sacerdote le hizo una pregunta tal, que, escandalizada ella, le dijo: "Padre soy una señorita soltera"; y se alejó del confesonario.

Cuando ejercíamos la dirección del " Colegio Fanning", nos ocurrió lo siguiente: presentósenos un sacerdote alegando que tenía costumbre de visitar mensualmente los colegios de ambos sexos, y que, si lo consentíamos, haría lo mismo con el nuestro. Accedimos á su pretensión prometiéndonos, como se lo dijimos, que examinaría á las alumnas en sus clases de religión, estimulándolas así para el estudio. Procedimos á hacer reunir á las niñas en el gran salón del Colegio y presenciamos la se-

sión que nada ofreció de particular. En las siguientes se contrajo de preferencia á aconsejarles prácticas devotas y á referirles chascarrillos que las hacían reir. Sólo una vez logramos que les dirigiera algunas preguntas sobre Historia Santa y Catecismo. En una de sus visitas, le obsequió á una de las alumnas una estampita; premio que, les dijo, daba por cada tres confesiones que con él hacían. En otra ocasión les habló de cierta santa—creemos que fué de Santa Margarita de Alacoque,—que entró de monja á pesar de la tenaz oposición de su familia y de sus padres: « Porque, agregó, contra la voluntad de Dios nada puede la oposición de los padres »......... Siempre avanzando terreno, aunque cohibido por nuestra presencia á estas sesiones parlantes, llegó á decirles que, con motivo de la fiesta de la Vírgen, ganarían muchas indulgencias todas las que comulgaran ese día: « Desde la víspera, añadió, habrá en la iglesia varios confesores, y de ellos ustedes pueden elegir el que quieran; porque sus padres *no pueden imponerles confesor* »......... La próxima vez que se presentó el *visitador*, y que también fué una de las últimas, medió entre nosotros el siguiente diálogo:

—Señor, le dijimos, la última vez que estuvo usted aquí, autorizó á las niñas para que desobedecieran á sus padres en la elección de confesor.......

—Señora, nos contestó; tal es la doctrina de la Iglesia; ella deja en plena libertad al penitente para elegir confesor.

—Eso está bien, le replicamos, siempre que el penitente tenga el juicio y discernimiento necesario para hacer una acertada elección; pero en la infancia no cabe usar esa libertad; y en el caso de estas

niñas, nadie, de seguro, es mas competente ni más interesado en su bien, que sus mismos padres. Por último, agregamos: Nuestro empeño es inculcarles que su deber es amar á Dios y obedecer sus preceptos; y después de Dios á sus padres que son sus representantes en la tierra; y á la verdad sentiríamos que usted contrariara tal enseñanza......

Tal vez nos hemos extendido demasiado acerca de este punto; pero lo creemos ton trascendental; que no hemos resistido al deseo de presentar ejemplos prácticos,—que tienen mayor eficacia que las teorías en abstracto,—de los graves peligros que ofrece la elección de confesor, que bien puede ser el faro que ilumine á la adolescente, ó el perturbador de la paz doméstica y el rival preferido de la autoridad paterna.

No faltará quien nos acuse de odio á la Religión y á sus ministros: ni lo uno ni lo otro; respetamos las creencias que nos legaron nuestros padres; pero no desconocemos que los sacerdotes,como hombres, están sujetos á todos los errores y pasiones inherentes á la humanidad. Los buenos sacerdotes, que son por desgracia los menos, nos merecen profunda veneración y respeto: contra los lobos disfrazados de pastores. contra los que llevan la anarquía al hogar doméstico, es contra los que queremos prevenir á los padres de familia por su propio bien y el de sus hijos............

Otro punto esencial para la educación, de la mujer, es la elección de amigas. Nadie ignora los males que una mala amistad puede ocasionar á una niña inocente. Sin embargo, no siempre las madres le dan á este asunto la atención que él merece, teniendo que lamentar las consecuencias: po-

cas tienen sobre este este particular el celo y discreción de la señora D............ matrona de nuestra sociedad, en quien parece cumplirse la sentencia de que "los buenos hijos son la corona de sus padres". Ella pone especial empeño en que cada una de sus jóvenes hijas tenga una amiga, en cuya elección las ayuda, teniendo en consideración las circunstancias de carácter, educación, principios, etc.; logrando así que á la vez que dan expansión á esa tendencia natural del corazón humano á expandirse en otro, conserva siempre para si las primicias del cariño y de la confianza de sus hijas que enlazan su vida con cadenas de flores.

La madre es la que debe dirigir esos primeros latidos, esos vagos ensueños, esa tendencia que irresistible se despierta en el corazón de la adolescente y la impulsa á buscar otro afecto fuera de su hogar. Es ella la que sin insulsa gazmoñería debe iniciar á su hija en los misterios del amor casto; la que la dirija en la elección del compañero de su vida, y la que la haga conocer los deberes anexos al matrimonio y á la maternidad. Una señora de muy buen juicio solía decir:

— Válgate Dios! para ser médico, abogado ó ingeniero, se siguen cursos especiales; y para ser madre, que es acaso la más difícil de las profesiones, nadie nos prepara; nada se nos enseña; nos casamos ignorando nuestros deberes y nuestros derechos.

En efecto; por toda enseñanza suele repetírsele hasta la saciedad á la joven prometida: " Piénsalo bien; mira que el matrimonio es para toda la vida "; frase que á lo sumo suele despertar vagos terrores, cierta lucha entre el peligro que amenaza,

y la atracción hácia lo desconocido; hácia la deseada y casi siempre mal comprendida independencia. Resultado: que el acaso, fortuitas circunstancias, se encargan casi siempre de impulsar la nave del matrimonio, algunas veces hacia el puerto de la felicidad, yendo á chocar muchas otras contra el escollo de la desgracia!.......

Esto, en caso de que del hogar paternal pase al tálamo nupcial; pero, como si de tres veces dos sucede, mira marchitarse sus ilusiones, y, como el vulgo dice *se queda para vestir santos!* Esta nueva faz de la vida de la mujer nos dará materia para otro capítulo.

III

Si bien la educación moral de la mujer nos merece una atención preferente, es indudable que solo unida con la intelectual y con la física, hoy tan desatendida, puede hacerla alcanzar el grado de perfectibilidad de que es susceptible.

La edúcación escolar en el Perú adolece de un grave defecto; la falta de aplicación práctica; tanto la que se dá al pueblo, cuanto la que reciben las clases elevadas.

En los Estados Unidos esa nación gigantesca cuyos progresos de todo género causan admiración y patriótica envidia, la enseñanza es esencialmente positiva: allí se apartan las ramas inútiles que consumen la savia de la planta, y sólo se atiende al fruto, al provecho pue de ella puede reportar el individuo: no se afanan por formar sabios, sino por tener ciudadanos útiles para si y para la colectividad.

Si mediante la posesión de principios generales hay algún Franklin ó algún Edisson que descuelle, para esos hay campo extenso en donde ejercitar sus geniales facultades; como tambien hay grandiosas universidades para los que poseyendo especiales aptitudes ó medios de fortuna, pueden aspirar á ser del corto número de los que escalan las cumbres del saber.

Y no se nos arguya que los Estados Unidos deben su colosal desarrollo á su inmensa población: porque sabido es que si hoy cuentan con mas de 75.000,000 de habitantes, cuando en 1783 las trece provincias unidas conquistaron su independencia, la población no alcanzaba á 5.000,000. Su crecimiento y prosperidad son, pues, debidos al propio esfuerzo; al buen sentido práctico que allí domina; á que todos trabajan de consuno en pró del bien comun.

En aquella gran nación, el sacerdote como el militar, el hombre de estado como el científico y el industrial, todos tienen por objetivo el engrandecimiento de la patria; y apreciando como el medio mas seguro de obtenerlo, la difusión de la instrucción, todos se esfuerzan en fomentarla. Allí, sin contar al filántropo Mr. Peabody que donó cuatro millones á los establecimientos de instrucción, cuentanse muchísimos que, como la señora Paker y el cervero Vassar, han fundado colegios que honrarán su memoria á perpetuidad.

Y en ese movimiento vertiginoso hacia el progreso, no es la mujer un factor inútil: las dos terceras partes del cuerpo de profesores, es de mujeres. Allí la mujer tiene al igual que el hombre una órbita que recorrer, una misión que llenar, y

aunque no se case, su vida activa no termina con la juventud; le es dado aspirar á tener personalidad propia, porque así lo consienten las costumbres y la educación que recibe.

De bien distinto modo pasan las cosas en nuestra patria: ni los ricos—excepción hecha de los nombres de Candamo, Sevilla y Quimper y del de la muy distinguida señora Concha,—ni los ricos fundan establecimientos de instrucción, ni la que recibe la mujer, puesto que á ella únicamente nos referimos hoy, llena los fines de utilidad y conveniencia individual y social que debe reunir; ya pertenezca al pueblo ó á la clase superior. (1)

En efecto, sale una alumna de la escuela municipal; y después de rendir lucidos exámenes de Historia, Geografía, Gramática, Aritmética, etc., se encuentra con que sabiendo analizar correctamente un período en el pizarrón, no acierta á redactar una carta; sabe al dedillo la teorías de las reglas aritméticas, pero si se dedica á la costura ó al lavado, no sabe como arreglar una cuenta referente á su oficio. Poseedora de una aglomeración de conocimientos teóricos, saca de ellos tan escaso fruto como reportaría el que se afanara en ingerir una cantidad de alimento tal, que su estómago fuera impotente para digerir. Sus deberes sociales y domésticos también suele conocerlos en teoría.

Entretanto, la hija del pueblo que ha seguido los cursos de segundo ó de tercer grado y que en el examen se oyó llamar *señorita*, aunque su tez

———

[1] Actualmente [1905] un grupo de señoras encabezado por la señorita Zoila Cáceres trata de fundar una escuela de instrucción media y comercial para señoritas; y la señora Rebeca Oquendo de Subercaceaur, otra del mismo género, ambas gratuitas.

sea del color del alquitrán, sale inflada de vanidad y aspiraciones tan superiores á su clase, que seguirá los caminos más extraviados antes que resignarse á prestar los humildes servicios domésticos; servicios que, dicho sea de paso, en pocos años más será difícil encontrar en Lima quien quiera desempeñarlos.

Si lo que se les restringiera de estudios teóricos se les compensara con la adquisición de conocimientos prácticos y manuales; si se les enseñara algún trabajo útil que las proveyera de medios de subsistencia, habría ganancia positiva para la clase popular y para la sociedad, que es á manera de máquina complicada en la que cada pieza contribuye con una labor especial á la armonía del conjunto.

«La educación dice Spencer, es la preparación para una vida completa. Adquirir la aptitud necesaria para la obra de la vida, es un deber; primariamente hacia nosotros, y secundariamente hacia los demás ..... No adquirir el poder de mantenerse y de mantener á los suyos, es convertirse en una carga para la sociedad.»

En la República Argentina que en gran parte debe su progreso al interés con que es atendida la instrucción popular, durante las vacaciones hay cursos de trabajo manual para profesores; los que una vez adiestrados, trasmiten á sus discípulos los conocimientos que adquirieron, logrando así generalizar el uso de las artes mecánicas tan útiles en el curso de la vida.

¿Por qué, en nuestras escuelas municipales, en vez de extensos estudios de tan dudosa utilidad para las escolares, no se les enseñaría el lavado y la

cocína, la encuadernación, la hojalatería y la tintorería, ocupaciones todas que la mujer puede desempeñar con provecho? Por qué en lugar de ese instrucción teórica, á manera de vistosas luces de Bengala que tan pronto brillan como se apagan dejando solo quiméricas aspiraciones ¿porqué no se les daría ciertos conocimientos generales y la enseñanza práctica de algún oficio? Unase á ésto el conocimiento de sus deberes morales, y fácilmente llegará á penetrarse de la exactitud que encierra esta máxima de un pensador inglés: « Nadie es dema« siado bueno para el puesto en que Dios lo ha co« locado. »

Mucho pudiéramos agregar á lo que antecede y acaso mas tarde volveremos á ocuparnos de este interesante asunto: ahora pasemos á lo que se refiere á las clases superiores.

Al dejar las aulas, las niñas van armadas: unas de un diploma profesional de cuya exígua utilidad ya nos hemos ocupado; todas ingresan á la vida social como meritorias al matrimonio; y hácia ese fin único convergen sus aspiraciones y las de sus padres. Por desgracia, de cada diez de estas aspirantes á boda, no creemos exagerado calcular que, por lo menos seis, ven aparecer la primera cana sin lograr su anhelo; viendo en la mayor parte de los casos, que sus sueños de ventura se han trocado en decepciones. Su vida queda truncada y falta de objetivo; la melancolía y el desaliento las invaden; y hasta las mas bondadosas suelen tornarse irrascibles. Principia para ellas la etapa dolorosa de la existencia.

Pero como mientras late el corazón humano necesita de algo que lo ocupe: llénase este vacío, ó

bien con algún afecto maternal de prestado, ó bien entregándose á un exaltado misticismo: sincero y elevado en algunas; consistente en rutinarias prácticas devotas en muchas. Estas apasionadas del culto externo, se afilian á diversas asociaciones de ese género, gastando toda su actividad y energía en el adorno y visita de los templos, pudiéndoseles aplicar las palabras del Salvador: «Este pueblo me adora con los labios; pero su corazón está muy distante de mí.» Si toman parte en algunas de esas meritorias sociedades que se encargan de distribuir auxilios entre las familias indigentes, más que de fomentar entre sus favorecidos hábitos de orden, de laboriosidad y economía, más que de proveerlas de medios de trabajo que las moralice y las ayude á mejorar su precaria situación, lo que más cuidan y vigilan, el interés culminante es, *que frecuenten Sacramentos*; aun cuando para hacerlo hubieran de descuidar sus deberes domésticos. La Iglesia preceptúa la comunión pascual; las beatas rutinarias, más papistas que el Papa, exigen que sea semanal ó por lo menos mensual.

Pero si, esas forman la mayoría del gremio que han hecho casi denigrante el calificativo de *beata*, hay otras que con piedad ilustrada y sincera, buscan en el amor divino la ventajosa compensación de los humanos desengaños; y con laudable altruismo se consagran á cuidar enfermos, enjugar lágrimas y remediar necesidades, consolando la orfandad de sus almas con la práctica de la sublime caridad; siendo muy más meritorias que aquellas que tal vez por inconsciente egoismo y á título de *vocación*, desgarrando los corazones de padres y hermanos, se sepultan en el cláustro. De éstas puede

decirse que lejos de seguir el consejo de Cristo: «El que quiera tome su cruz y sígame,» arrojan la cruz que el destino les impusiera al encomendarles el cuidado de padres ancianos ó enfermos, de pequeños hermanos ó de deudos desvalidos que reclaman su amparo y protección, para vestir el sayal: yendo, dicen, en pos de su *tranquilidad* y con el fin de asegurar *su salvación.*

Si pudiera penetrarse los móviles que inducen á enclaustrarse á esas obcecadas criaturas, se encontraría que unas van movidas por la novedad ó el despecho; otras impulsadas por la sujestión; y otras muchas por el anhelo de cambiar de medio ambiente y de ensanchar su horizonte, llenando de algún modo el vacío de su inútil vida.

Con manifiesta injusticia la sociedad es pródiga de desdén y de burla para las solteronas: si le fuere dado apreciar cuántas esperanzas burladas; cuánto sufrimiento y hastío de la vida se oculta en el alma de las que ven destruido su ideal, especialmente en esos primeros tiempos que pudiéramos llamar el período álgido de la soltería, tal vez fuese más misericordiosa con esas víctimas de una mal dirigida educación doméstica.

Se acepta los matrimonios desiguales ó de pura conveniencia, que alguien, no sin razón, apellidó «la prostitución legalizada»; y se es intransigente con las que no teniendo, como en efecto no tienen la iniciativa en el amor, se abstienen de dar su mano cuando no pueden á la vez donar su corazón; siendo bastante altivas para preferir su independencia, á realizar uno de esos matrimonios á todo evento.

La historia de esas sarcásticamente llamadas solteronas, muchas veces encierra conmovedores poe-

mas de amor, de constancia, de abnegación ó de sacrificio. Tuvimos una amiga, cuya querida memoria la muerte no ha podido borrar de nuestro corazón; interesado hondamente el suyo por un afecto correspondido y que los años no pudieron debilitar, hizo el sacrificio de su amor y de su felicidad á sus ancianos, padres, á cuyo cuidado se consagró con abnegación ejemplar. ¿Tuvo alguna recompensa su sacrificio? En este mundo, ninguna mas que la aprobación de su conciencia. Esas víctimas voluntarias aparecen ante el mundo serenas y sonrientes como las viudas del Malabar, cuando se arrojan á la hoguera en que arden los restos mortales de sus esposos..........

El solterón merece la vejez miserable que su egoismo ó sus malos hábitos le preparan: la solterona no es responsable de que su vida se halle truncada y de que por imprevisión se la condene á ser cantidad negativa en la suma de la existencia; cuando, aunque se la apellide vieja, ella se siente llena de vigor y en la plenitud de su desarrollo físico.

¿Qué debe hacerse para mejorar la situación de la mujer soltera y de la que enviuda prematuramente?

Esta cuestión de alta importancia moral y sociológica, será materia de otra disertación. No abrigamos la pretensión de encontrar el antídoto para el mal: sólo indicaremos lo que á nuestro juicio puede paliarlo; llamando hacia él la atención de las personas pensadoras.

IV

Uno de los convencionalismos de nuestra época es el de halagar á las mujeres y al pueblo para hacerlos más manejables: como á los convalecientes y á los niños, se les entretiene para que sean dóciles.

Al pueblo, los mercaderes políticos, poniéndolo de espaldas á sus deberes, le presentan en deslumbrador miraje el atrayente cuadro de sus derechos soberanos; para tenerlo grato y servirse de él como de escalón para ascender á los elevados puestos que ambicionan. A las mujeres, es de rigor hablarles en estilo almibarado é hiperbólico de su rara belleza, exquisita sensibilidad y sublimes virtudes; podría creerse que, mediante un pequeño esfuerzo, les sería dado desplegar sus angélicas alas y elevarse á las regiones etéreas. Cómo estas adorables criaturas podrían ocuparse de corregir defectos que no tienen, ni trabajar en adquirir méritos en que se las dice que tanto abundan? Se las envuelve en una atmósfera de enervantes lisonjas, impidiéndoles gustar el sabor un tanto acre de la verdad y del deber. Les queda para entretenerse: los nervios, la jaqueca, las modas y............la religión diríamos si no temiéramos profanar este augusto nombre; que no consideramos religión ese cúmulo de actos exteriores que tantas practican por imitación, por hábito, ú obedeciendo á ageno y no desinteresado impulso; y que suelen dar por amargo fruto el abandono de los deberes domésticos, la discordia en las familias, y ridícnlas manifestaciones públicas en que, con errado criterio, incons-

cientemente se exhiben como ignorantes del asunto que patrocinan y en abierta oposición con sus padres y con sus esposos, que son sus más seguros é imparciales consultores.

Así falseados los principios morales y, salvo muy honrosas excepciones, falta de una instrucción sólida que le sirva de escudo defensivo, la mujer se convierte en dócil instrumento de menguados intereses, en vez del ser consciente que sepa discernir sus deberes para cumplirlos: sus derechos para defenderlos.

Para corregir este mal que día á día va tomando creces y aprovechar tanta energías, tanta fuerza moral que se pierde, lo primero que á juicio nuestro debería intentarse es verificar una reforma en la instrucción.

No urge tanto enseñar mucho, cuanto enseñar lo utilizable. No es lo juicioso el sembrar mucho grano, sino el propender á que el que á la tierra se confíe, germine y fructifique. La instrucción debe estar en relación con las aptitudes y necesidades de la educanda y con el medio social en que ha de vivir. Si tiene gusto especial y disposición para algunas de las bellas artes, hágase que la cultive, pero á fondo; aunque se las deje ignorar las otras; no se la dé esa tintura superficial que se exhibe y termina en los salones del colegio teniendo sólo la frágil vida de las flores. Si manifiesta afición á las ciencias, hágasela conocer sus secretos. Si es rica que aprenda el modo de manejar y conservar su fortuna; si pobre, que se la enseñe los medios de adquirir la subsistencia y de conquistar una posición independiente; y en todo caso que tenga una personalidad propia: que nunca los conocimientos

que adquiera le servirán de obstáculo para el matrimonio.

Una instrucción sólida ensancha y da vuelo á la inteligencia de la mujer; aparte de que es el mejor seguro de vida que pueda otorgársela, da provechosa inversión á su tiempo poniéndola á salvo del hastío; esa mortal enfermedad del espíritu.

Así preparada, si es pobre no se verá forzada á mendigar como un favor la limosna del mal retribuido trabajo de la aguja, recurso matador; fecundo gérmen de la tuberculosis y que la hace apurar humillaciones y ultrajes del peor género. Si tiene fortuna, á mas de librarse de esas largas horas de desocupación que la inducen á hacerse frívola, egoista ó devota de ocasión, se verá á cubierto de muchas emergencias.

Registrando sus recuerdos, todos encontrarán más de un caso de familias que tuvieron fortuna y hoy se ven reducidas á la pobreza y hasta á la mendicidad. ¿Cuál fué la causa? Que faltaron los padres ó murió el esposo: y, los bienes, no pudiendo ser administrados por ignorantes mujeres, desaparecieron mediante la incuria, el abuso ó la rapacidad de algún protector que con título de hermano, pariente, confesor ó amigo, se encargó de la dirección de los negocios.

Si los padres y los esposos, en previsión de tal peligro, hicieran algo semejante á lo hecho por el doctor X, quien, se dice, ha encomendado á cada una de sus hijas la administración de la parte de los bienes que á su muerte heredará, darían mayor estabilidad á su fortuna y asegurarían el porvenir de sus familias: especialmente los esposos debieran persuadirse de que no pueden encontrar un socio

más decidido y seguro que los auxilie en la gerencia de sus intereses, que su propia consorte; pero es tan difícil romper con añejas preocupaciones! ..... «La mujer debe ignorar los negocios de su marido,» decían nuestros abuelos, como un medio de conservar incólume é indivisible la autoridad, del jefe de la familia; y hoy que esa autoridad, en la mayoría de los casos, se ve deprimida por la del *director espiritual*, sigue siempre en vigor la expresada regla de conducta.

A pesar de la indefinida dependencia á que las costumbres la condenan, la mujer pugna por abrirse trocha en la selva de la vida; y, arrollando preocupaciones y venciendo obstáculos, se abre paso hacía los destinos y las profesiones: tenemos ya señoras dentistas, estudiantes de medicina, empleadas en telégrafos, teléfonos y correos....... Tenemos el caso de una señora cuya meritoria acción vamos á publicar á riesgo de ofender su modestia, con la mira de que sirva de ejemplo á otras y para fijar sobre ella la atención de los encargados de adjudicar el premio otorgado á la virtud en el concurso de las fiestas patrias ó en el del legado de la señora Concha.

Doña María Bisval contaría poco más de veinte años y más que mediana belleza cuando enviudó; quedándole por todo bien, tres niños que alimentar, vestir y educar. No queriendo buscar por medio de un segundo matrimonio un protector, por lo menos dudoso para sus hijos, ni convertirse en censo irredimible para su familia, dedicóse á completar sus estudios; y habiendo obtenido el correspondiente diploma, pretendió la regencia de una escuela en Huaraz, su ciudad natal. No habiéndo-

la obtenido, regresó á Lima é ingresó como alumna en la escuela de Obstetricia, con el fin de tener una profesión que le permita ganar su sustento y el de sus hijos. Solamente Dios y ella saben cuántos esfuerzos, cuántas lágrimas y decepciones le cuesta esta verdadera lucha por la existencia!

Mas este, y algunos otros que pudieramos citar, son casos aislados: aún queda mucho por hacer, falta destruír la errónea preocupación de que la señorita que trabaja, desciende de la clase social á que pertenece; falta que todas se persuadan de que el trabajo, da honra, independencia y holgura; que la mujer que gana honradamente su sustento es más feliz y estimable que la que está á cargo del hermano, del tío ó del cuñado, comiendo el pan de la misericordia. Falta igualmente que inspirándose en el ejemplo de la ilustre señora Concha de Concha, nuestras damas ricas fomenten y contribuyan á la creación de centros de trabajo y de nuevas industrias que, dando ocupación á tantas señoras y señoritas que reunen aptitudes y buena voluntad, contribuyan á la regeneración y moralidad de nuestra sociedad.

Si no por el esfuerzo aislado de una, por la iniciativa y colaboración de muchas podrían fundarse por acciones, sociedades industriales que dieran trabajo á muchas familias y honra y provecho á sus iniciadoras. Esta forma de caridad, la caridad del trabajo, sería más levantada y daría más profícuos resultados que la limosna que humilla al que la recibe y fomenta la imprevisión y la holgazanería.

En Estados Unidos la fotografía forma parte de la educación de las señoritas quienes utilizan esta habilidad en excursiones campestres que

así tienen un nuevo atractivo. Bien pudiera hacerse, pues, un ensayo de este género, no ya como habilidad de recreo sino como un medio de proporcionar trabajo honroso á algunas señoritas pobres.

Sabemos que una acaudalada señora, residente en el extranjero, concibió la patriótica idea de fundar un instituto con el glorioso nombre de uno de los héroes del Morro; y destinado á dar á las muchachas del pueblo, enseñanza práctica de ciertos oficios domésticos: creemos que esa filantrópica institución sería más benéfica si se tratara de fundar una fábrica de encajes, de guantes ó alguna otra en que encontraran trabajo bien retribuido las señoritas pobres que vanamente pugnan por encontrar un campo de acción en qué ejercitar su actividad.

La creación de nuevas industrias para ambos sexos que afortunadamente principia á iniciarse, quedando aún mucho por hacer, haría desaparecer á la larga la singular anomalía de que en el Perú, cuyas ricas producciones son proverbiales, centenares de sus habitantes ansiosos de trabajar, estén meses y aún años buscando colocación; y caigan como alcones sobre la presa luego que vaca algún empleo. Allí es de ver todos los resortes que se tocan, los empeños é influencias que se ponen en juego para obtener la preferencia!

Volviendo al asunto que nos ocupa, los que educan á sus hijas exclusivamente para el matrimonio dejándolas en el error de creer que tal es su único destino posible sobre la tierra, hacen como el jugador que arriesga su fortuna á una sola carta, poniéndose en la disyuntiva de hacer una nueva ganancia ó quedar sumido en la desesperación.

«Se acusa á las mujeres, dice Julio Simón, de ser « frívolas, y la frivolidad no está en su espíritu « que es una mezcla feliz de entusiasmo y buen « sentido, sino en la educación que se las da .....»

«El fin que debe proponerse el educador, dice el « mismo autor, es formar un hombre y una mujer, « es decir: una criatura racional, sumisa al deber, « amante de la verdad, que se sirva de sus faculta- « des para su propio perfeccionamiento y para ha- « cer el bien de los otros.»

En las repúblicas la educación debe ser republicana: debe inculcarse á la juventud amor á la patria, moralidad y sencillez en las costumbres. En cuanto á instrucción, debe propenderse á que adquieran una profesión; y que todos, hombres y mujeres, tengan un oficio que les permita ganarse el sustento si les fuere necesario. En la gran República del Norte, hombres como Lincoln y como Jhonson se han elevado desde el banquillo del sastre y del zapatero hasta el sólio presidencial: siendo muchos los que cambiaron el hacha del leñador por los entorchados del general ó por la toga del magistrado. Allí la mujer que no se casa, puede dedicarse á la medicina, á la abogacía, al periodismo, ó á otros empleos y ocupaciones más humildes, pero que la ponen á salvo de la miseria y de la prostitución.

Siendo digno de notarse que esa nación acusada de mercantilismo y de indiferencia religiosa, tiene señalado un día en el año para elevar sus preces al Eterno y ofrecerle la expresión de su gratitud por los beneficios acordados al pueblo americano.

¿No es verdaderamente grandiosa y solemne, esta plegaria mancomunada de sesenta millones de almas?

V

En el estudio que á grandes rasgos venimos haciendo acerca de la educación de la mujer, nada hemos dicho con referencia á la educación física de la misma, si no es que está completamente desatendida.

Ella tiene por base la Higiene, que las familias suelen conocer de oídas ó por las teóricas enseñanzas del colegio; pero cuya práctica es bien frecuentemente echada en olvido.

En las construcciones modernas en las que el deseo del lucro ha hecho casi desaparecer las ventanas teatinas y los grandes patios que antaño se usaron en las casas, las viejas cañerias subterráneas convertidas en filtros permanentes, agregan á la humedad atmosférica, la del suelo; con sus fétidas emanaciones palúdicas. Estas, en natural ascención, si dañan á la salubridad en los altos, hacen casi inhabitables los pisos bajos. Pero si á estas condiciones antihigiénicas de nuestras casas se agrega, como hacen no pocas personas, la falta de la posible ventilación; si al aire exterior se le niega el paso como á temible enemigo de cuyos dañosos efectos hubiera que precaverse, crece el mal con la respiración de un aire cálido y miasmático que hace verdaderamente dañoso el más leve soplo de aire fresco; cuando en puridad de verdad, el aire y la luz son las divinidades tutelares de la salud.

No debieran olvidar las madres de familia que el aire contribuye á la nutrición tanto como el alimento; y que, como éste, debe reunir ciertas condi-

ciones esenciales para que no sea nocivo: que, según cálculo médico, cada individuo consume unos sies metros cúbicos de aire por hora, y que de consiguiente, cuando en un dormitorio cerrado, estrecho y atorado de muebles, se aglomeran dos, tres ó más personas, se les condena á la inanición de aire, lo cual equivale á privarlas de la necesaria cantidad de alimento.

Reconocido por la ciencia que todas ó casi todas las enfermedades que afligen á la humana especie se propagan por medio de los microbios, fuerza es que se combata á estos invisibles enemigos por todos los medios posibles; y ninguno es tan fácil y eficaz como una esmerada limpieza. Pero, ¿quién necesita que le recomienden el aseo? Nadie soportará, sin indignado rechazo, que se le tache de falta de pulcritud en su individuo ó en su habitación. Y sin embargo, es bien frecuente oir frases como ésta: «Al mudarme á esta casa tuve que hacer sacar la basura en carretas»; lo cual es una tácita acusación de desaseo contra la familia desocupante; sin que eso pruebe que el salón de recibo no estuviera lujosamente amueblado.

En verdad que la casa que al desocuparla queda con los empapelados en jirones ó grasientos, con colgaduras, de telarañas, vidrios rotos, y puertas betunadas, denota que la trinidad doméstica, es decir: el agua, el jabón y la escoba, se emplearon con parsimoniosa mezquindad; y revela falta de vigilancia y cultura en el ama de casa.

Posible es que al leer las líneas que anteceden se nos acuse de ocuparnos de asuntos triviales; pero de un lado no estimamos de poca monta lo que á la salud se refiere; y casa desaseada es casa malsana;

de otro, estos conceptos no ván dirigidos á los hombres de ciencia sino exclusivamente á las familias; y, por lo mismo, es el estilo familiar el que debe emplearse. Es á las familias á las que queremos, no enrostrarles faltas, sino únicamente indicarles omisiones que, á poca costa, con solo un poco de buena voluntad, pueden evitarse. Las que encuentren que no les viene el manto, que de seguro serán muchas, que lo hagan á un lado y,......adelante......

En la fatídica época de la guerra con Chile, nos sublevaba la rechifla que de la juventud peruana hacian los periodistas del Mapocho, motejándola de ser enclenque y afeminada y de consagrar su escasa virilidad al goce de los placeres sensuales. Estos denuestos eran dirigidos más especialmente á Lima á quien apellidaban «la moderna Capua.» Con tal motivo dimos en fijarnos en los jóvenes que conocíamos y en aquellos que transitaban por las calles; y tanto nos complacia ver á ciertos mocetones fuertes, musculosos, de anchos hombros y cabeza erguida, viviente desmentido á la procacidad chilena, como nos descorazonaba causándonos irritación y pena cuando nos cruzábamos con alguno de esos señoritos de alfeñique, de atiplada voz y atildado traje......!Oh! Hubiéramos querido tener el poder mágico de transformarlos en gruesos palurdos con hirviente sangre en las venas, buenos puños y bastante coraje para esgrimirlos contra nuestros inicuos enemigos; que, si bien llena de poder el alma, ó como muy bien los calificó un poeta americano (cuyo nombre sentimos no recordar en este instante,) siendo «de alma encorvada en apostura tiesa,» al solo nombre de Chile se convertían, no en leones,

que el león es de índole noble y generosa, sino en chacales y hienas que se alimentan de cadáveres......

Los pueblos de la antigüedad, entre los que descuella Esparta, dieron grandísima importancia al desarrollo físico de la infancia, conceptuándolo como la mejor garantía del poderío y estabilidad de su nación. Sabido es que en Esparta se acostumbraba á los niños de ambos sexos á soportar el calor, el hambre y el sueño, y á luchar desnudos en el Circo. De esa juventud así preparada, salieron las madres y las esposas que despidiendo á sus deudos con la histórica frase: «Con el escudo ó sobre el escudo», dieron el ser á los héroes que con Leonidas defendieron el paso de las Termópilas y á los que aniquilaron á los numerosos ejércitos de Darío y de Jerjes, poniendo á salvo la integridad de su patria.

Las naciones modernas, y en particular las de raza latina, dando la preferencia á la cultura intelectual, descuidaron el desarrollo del cuerpo; hasta que, apercibidas del desmejoramiento gradual de la raza, se afanan hoy por restablecer el perdido equilibrio mediante bien dirigidos ejercicios físicos, como el remo, la natación, la equitación y los diversos juegos de agilidad y de fuerza. Y se establecieron clubs de regatas, de lawn-tennis, etc. Se persuadieron, en fin, de que era forzoso vigorizar la raza como un medio de mejoramiento individual y colectivo; y hasta para hacer más potente la intelectualidad dando mayor vigor á las células cerebrales.

En este marcado interés en favor del desarrollo físico, marchan en primera línea los anglosajones, siguiéndolos otros pueblos europeos y americanos.

También en el Perú se ha despertado en los últimos años, aunque no se ha generalizado cual debiera, la afición á los ejercicios corporales. También se han fundado clubs de tiro al blanco, de regatas, de carreras y aún de juegos atléticos para los estudiantes; pero las mujeres, sino es como espectadoras,por lo general están excluídas de esas higiénicas recreaciones. Sólo las jóvenes de familias extranjeras, especialmente inglesas, tienen acceso al lawntennis y á otros pasatiempos de ese género. Para las familias peruanas, esas se consideran como diversiones de hombres en que las mujeres no deben tomar parte, si no es que tienen el prurito de masculinizarse.

Para las familias que se tienen por juiciosas y ordenadas, el bello ideal en cuanto á educación doméstica es que las niñas sean muy tranquilas, tanto en sus ocupaciones cuanto en sus goces; la costura, el bordado, las flores artificiales, la música y algunas veces la pintura; nada de recreaciones ni de juegos bulliciosos que las harían apellidar marimachos.

En algunas de esas familias parece que rigiera todavía el antiguo adagio español: «La mujer honrada, la pierna quebrada y en casa»; para ellas es un mérito, una ejecutoria de buenas madres y de jóvenes recatadas y hacendosas, el enmohecerse en el recinto de su casa; y niñas hay que desde que las llevaron á recibir el bautismo en la parroquia, no vuelven á respirar aire libre hasta que salen por sus piés á la calle.

Esta inobservancia de las prescripciones higiénicas que se extiende también á las horas del sueño y de las comidas, y á la que se agregan, como su-

mandos nocivos, el abuso del corsé y un clima débil y enervante, dán por fruto, especialmente en Lima, esa juventud pálida, delgaducha, de hombros estrechos, de seno desprimido, de cintura al romperse por su delgadez; jovenes de fisonomía á lo *Violeta*, con grandes ojos de inteligente y fulgurante mirada, cual si estuvieran animados por consumidora fiebre interna. A esa constitución enclenque y anémica, corresponde lógicamente un carácter apocado, asustadizo y desigual; que inflamándose como el fósforo que luce y se apaga instantáneamente, se eleva á las regiones del ideal para luego caer desfalleciente; capaz de energías rápidas seguidas de profundo desaliento; que malgasta en futilezas ó deja atrofiar en la inercia las bellas cualidades con que el próvido Hacedor dotara á la mujer peruana.

Y como según la ley fatal de la herencia, de madres débiles y neuróticas tienen que nacer hijos enclenques; de cerebros que, como los fuegos fátuos iluminan en corto trayecto el firmamento para apagarse luego, resultan adocenadas medianías donde se iniciaban brillantes astros del firmamento científico ó literario: jóvenes que en el colegio descollaban y prometían tanto, y que luego se pierden en el vasto osario de las nulidades.

A este faltal resultado contribuye, y mucho, el nécio empeño de precipitar la instrucción de los niños, haciendo de ellos esos prodigios que á los cinco ó sies años saben tanto y discurren con tanta lucidez que maravillan á quienes los escuchan y hacen la delicia de sus embobados padres: más esa savia ascendente, ese precoz desarrollo, luego se paraliza; porque el continente, el cuerpo, no puede abarcar el contenido: el espíritu; que se atrofia y

languidece por causa de la incurable impotencia de su obligado compañero de peregrinación.

Una lucha semejante hacía decir con desaliento al célebre Leopardi cuando apenas contaba veinte años: «Yo me he arruinado con siete años de trabajo loco, exageradísimo, en aquel primer tiempo en que me estaba formando y en que debía consolidarse mi complexión...Me he arruinado; agregaba, infelizmente y sin remedio por toda la vida, y reducido á un aspecto miserable y despreciabilísimo toda aquella gran parte del hombre que es la única á la cual miran los más.» Así este hombre portentoso á quien su compatriota Giordani llamó «un milagro de nuestro siglo,» compró su prematura y vasta erudición con la infelicidad de toda su vida.

Prolijas indagaciones estadísticas han permitido constatar que en las escuelas de Suecia, donde los niños de las clases superiores trabajan de 10 á 12 horas diarias, el 36 por ciento de las niñas están cloróticas; y cerca del 10 por ciento sufren desviaciones en la columna vertebral, miopía y otras enfermedades crónicas.

Según Ballantyne, profesor de enfermedades de niños en la Universidad de Edimburgo, el ideal de la escuela debiera sea dar á los niños periodos iguales de trabajo y de juego, de educación del cuerpo y del espíritu; para evitar los recargos cerebrales y las enfermedades de que adolecen los estudiantes en Inglaterra.

Asi, pues, cuando las madres mandan á sus hijos pequeñitos de apenas tres años á la escuela, «para que las dejen descansar», como con encantadora ingenuidad suelen decir, privándolos del ejerci-

cio necesario para dar elasticidad á sus miembros y desarrollo á su sistema muscular, contribuyen inconscientemente á hacerlos débiles, tímidos y apocados. Con cuanto más acierto procederían rentando á una persona de su confianza ó llevándolos por sí mismas á aquellos lugares donde pudieran jugar, correr y desarrollarse al aire libre; produciéndose esa saludable fatiga que hace que el niño busque el lecho en las primeras horas de la noche y lo deje con los albores de la mañana como lo aconseja una bien entendida higiene. Así tendrían hijos lozanos y robustos, capaces de soportar una suma mayor de trabajo mental. El cerebro debe trabajar siempre en relación con la edad y la fuerza del individuo, evitando la fatiga y la depresión de los centros nerviosos; solo en cuerpo sano puede cultivarse un espíritu robusto capaz de abarcar las profundidades de la ciencia y de dominar las tormentas de la existencia.

Que las madres conozcan sus deberes y los cumplan, y el Estado tendrá buenos ciudadanos. En la perfecta solidaridad que existe en el ser humano; las cualidades físicas é intelectuales de la madre se reproducen por la herencia y por el ejemplo en el hijo.

De una obra de un fisiólogo italiano, el doctor Mosso, tomamos los siguientes conceptos que vienen á reforzar los nuestros: «Hay un elemento fatal en la educación que debe prepararse de antemano, como el terreno para la recolección de la semilla: es necesario que los padres den á los hijos la herencia de una constitución robusta......... La conciencia de ser mucho mas fuertes......... Hay una cultura que se trasmite con la herencia en el cerebro de los

hijos; la supremacía de las generaciones actuales depende de la mayor aptitud de pensar y de la mayor aptitud de obrar. El porvenir y la potencia de un pueblo no está solo en su comercio, en la ciencia, en el ejército, sino principalmente en las vísceras de sus ciudadanos, y en el seno de las madres.»

VI

Con venia de los ilustrados señores que componen el Concejo Superior de Instrucción, vamos á indicar ciertas reformas que, á juicio nuestro, convendría introducir en el plan de estudios de instrucción primaria y en la enseñanza aplicativa de los cursos que la componen. Toca al docto cuerpo de profesores acoger y ampliar lo que de útil encuentre en nuestras apreciaciones á vuela pluma.

En el estudio de la Aritmética, juzgamos qne debería suprimirse multitud de reglas y definiciones de rara aplicación y escaso provecho; haciéndola verdaderamente práctica y hasta donde fuera posible adaptable á la edad y condición social del educado. ¿Qué niña de las que solo cursan el segundo ó el tercer grado de instrucción primaria, ha obtenido algún provecho de saber hallar el máximo común divisor y el mínimo múltiplo común, y de saber alternar, invertir, componer, permutar, etc., una proporción? Esos pueden considerarse como juegos de efecto, para deslumbrar en los exámenes; conocimientos que, al salir del colegio, se hacen á un lado como los trastos inútiles. Si en vez

de esas fantasmagorías se les pusiera expeditas en arreglar una cuenta de compras ó ventas, en ajustar el salario de jornaleros, sirvientes, etc., aquello sería menos deslumbrador, pero de más provecho.

En la Gramática, ojalá que los voluminosos libros que hoy sirven de texto se redujeran á las reglas esenciales para el conocimiento del idioma, dejando á los filólogos el cuidado de hacer un estudio mas profundo; y aprovechando el tiempo que se ahorrara de llenarse la memoria con teorías, en adquirir una buena ortografía y fácil redacción; de saber por medio de bien dirigidos ejercicios, darle forma al pensamienao hablado ó escrito de suerte que al ingresar á la vida social, á la educanda no le sirviera de tormento el tener que dirigirse á los demás para asuntos de interés, ó para llenar las fórmulas ó deberes sociales.

Para la Geografía, los textos más usados principian con los estudios cosmográficos demasiado abstractos para la incipiente inteligencia infantil; luego la Geografía Física independiente de la Política que casi forma un tratado aparte.

La profesora experta, suple estas deficiencias procurando dar homogeneidad y cohesión á estos esparcidos elementos; la novel ó inexperta, no hace sino almacenar en la cabeza de sus discípulas ideas heterogéneas que fatigan sin fruto su memoria. Preferible creemos el método belga según el cual, primero se hace conocer al niño la localidad que habita; luega los contornos, haciéndole fijar la atención en el aspecto de la comarca, las llanuras, colinas, montañas, rios, etc., para hablarle luego si vive en la ciudad, de los edificios y monumentos públicos; de las vías de comunicación: como ferroca-

rriles, tranvías, telégrafos, etc.; si habita en el campo, de las principales producciones del suelo, de su explotación y empleo; se entiende que todo muy someramente y sólo lo preciso para interesar la curiosidad del niño y ponerlo en camino de ensanchar más tarde el círculo de sus ideas. Después del lugar de su residencia, se le hace conocer la división política, administrativa y religiosa de la patria; las artes y las ciencias que en ella se cultivan, los adelantos industriales y los hechos históricos que á cada provincia se refieren.

Del conocimiento de su patria pasa al del continente de que ésta forma parte; estudio ya más sintético, para pasar al de las otras partes del mundo; prefiriendo ocuparse de aquellos países ó de aquellas materias que más directamente se relacionan con su patria y cuyas leyes é intereses generales, aún cuando solo sea en globo, debe conocer. Por último se le dá una idea de lo que es la Tierra como astro y en relación con los demás cuerpos celestes. Siempre llevándolo de lo más sencillo á lo difícil, de lo individual y próximo á lo general; haciendo en cuanto es posible, práctica y tangible la enseñanza. Así, por ejemplo, la mejor definición de río y de puerto, no le enseñaría tanto á uno de nuestros niños como el fijar su atención sobre el Rímac que atraviesa la ciudad y el Callao donde anclan los buques portadores de inmigrantes y mercancias.

La instrucción religiosa es uno de los ramos que exige séria reforma. Fl estudio de la Vida de Jesús que, tanto por ser el fundador del Cristianismo, cuanto por la elevada enseñanza moral que encierra, debía ser, junto con el Catecismo de la Doc-

trina, la primera y más sólida enseñanza religiosa, está comprendido en los estudios de tercer grado; de suerte que las niñas que sólo cursan el primero y el segundo se quedan ignorantes de ella. Pero se les enseña si, y con sobra de detalles, la Historia Santa. Se les fatiga la memoria con prolijas relaciones como la de los reyes de Israel y de Judá; y con hechos tan poco edificantes como las historias conyugales de Abraham, de Sansón, de David y de Salomón: hechos que si son escusables, atendidas las costumbres de la época en que ocurrieron, están en abierta oposición con las de nuestro siglo y con los principios morales que se debe inculcar á la infancia. Este estudio debería condensarse en unas cuantas páginas; lo suficiente para dar una idea explicatoria de la relación que existe entre la religión Cristiana y el Judaísmo que le dió orígen.

Utilísimo siempre que sea gradual y progresivo en relación con la edad y el desarrollo intelectual de las niñas, es el estudio de las Ciencias Naturales; sirviendo de primer peldaño las lecciones intuitivas sobre objetos, con designación del reino de la naturaleza á que pertenecen. En este, como en todos los ramos de enseñanza, debe darse la preferencia á lo práctico y concreto, á lo que mejor puede asimilarse el educado; así por ejemplo, en Botánica, debe ante todo estudiar las plantas que nuestro suelo produce, la manera de aprovecharlas y hasta algunas nociones acerca de floricultura y horticultura.

En Química algo de tintorería y otras aplicaciones industriales y domésticas.

Como el estudio de la Física y la Química, para que salga de la esfera de meras abstracciones, exige

el conocimiento y empleo de máquinas y aparatos costosos que los improductivos colegios laicos están casi imposibilitados de adquirir, sería de desear que en el Ateneo ó en algún local apropiado, se dieran conferencias públicas, mediante la colaboración de los directores y profesores de los colegios de instrucción media. Conferencias á las cuales pudieran asistir las escolares y cuantas anhelan acrecentar la suma de sus conocimientos ó dedicarse á la telegrafía; á la fotografía, etc, Así harían obra patriótica y humanitaria, pues contribuirían á que se aprovecharan las ricas dotes intelectuales de la mujer, que hoy se esfuman en fruslerías de sociedad ó en actos de devoción ocasional, únicos recursos de que muchas disponen para combatir el tedio de una vida que carece de un digno objetivo.

La Zoología es uno de los estudios que mejor acogida han tenido en los colegios de niñas, debido sin duda á lo que tiene de práctico y concreto; por cuanto él enseña á conocer algo que nos interesa tan de cerca, como nuestro propio cuerpo, sus órganos y sus funciones. Complemento del estudio de la Antropología, debería ser el de la Psicología; que diera alguna luz acerca de lo que constituye la parte más elevada y perfecta del ser humano: acerca del alma y sus facultades. Hoy, la generalidad de las mujeres no sabe respecto de la parte inmaterial de si mismas, sino lo que enseña el Catecismo doctrinal á saber: que el alma humana tiene tres potencias: memoria, entendimiento y voluntad; y que es la parte espiritual que en el hombre piensa, siente y quiere. ¿No es verdad que valía la pena de conocer un poco mejor su yo?

VII

A propósito de nuestros escritos sobre educación, algunas señoras nos han hecho observaciones de este tenor:

—Censura usted, nos han dicho, que los niñas sean educadas por monjas; pero, en qué colegio encontraríamos las garantías de moralidad y de orden que aquellas ofrecen? En los colegios particulares se recibe indistintamente á toda clase de niñas, aunque por sus antecedentes de clase y de familia, no debieran alternar íntimamente con las de familias decentes y honorables.

¿Y cómo harán, decimos nosotras, las directoras de colegio, si las niñas de las clases superiores son para ellas á lo sumo, aves de paso que van á recibir las primeras y acaso las más difíciles nociones del saber, para luego ser llevadas á colegios de *Madres?* O clausuran sus establecimientos, ó acogen á las que las solicitan; fundándose en el derecho que tienen de buscar la subsistencia, y en que, en una república, si realmente lo es, no debe hacerse distinción de clases, sino únicamente exigir honradez y hábitos morales.

Hay, sin embargo, un medio de salvar el inconveniente,—que realmente lo es,—de esa admisión á todo evento, por la diversidad de costumbres, educación doméstica y hábitos sociales que dominan en los diferentes círculos; inconveniente del que tampoco pueden estar exentos los colegios de monjas en que se reunen ciento ó doscientas educandas.

Este medio sería que un grupo de familias, for-

mara por acciones y bajo la vigilancia y dirección superior de los mismos padres, uno ó más colegios para niñas como se ha hecho y se hace para la educación masculina. O es que la educación de la mujer no merece que se hagan iguales esfuerzos que la del hombre? Podríamos aglomerar citas de los más profundos pensadores que opinan que la educación del hombre, la felicidad del hogar y hasta el progreso de las naciones, dependen de la mujer; pero basta un mediano criterio para reconocer esas verdades de sentido común. Casi siempre tras de un hombre ilustre, se encuentra una mujer de corazón y de carácter, sea madre ó esposa, que ha ejercido benéfica influencia sobre él.........

Hay otro medio más fácil y hasta económico que está al alcance de muchas familias que tienen numerosa prole y gozan de mediana fortuna; es el tener en su propia casa una pieza exclusivamente destinada para colegio de sus hijas. Allí, una de las muchas profesoras que tienen aptitudes y que anhelan encontrar trabajo medianamente retribuído, se consagraría á dar lecciones durante algunas horas, no solo á las niñas sino también á los niños menores, quienes podrían quedar expeditos por los menos en el primer grado de instrucción.

Los gastos de sueldo de la profesora y de útiles de enseñanza, quedarían ámpliamente compensados con el ahorro de las pensiones del colegio, de calzado y de ropa de calle. Sabemos de tres familias que han adoptado este sistema y que están satisfechas del procedimiento. Lo mismo podrían hacer las que viven en sus haciendas ó en provincias: con ello evitarían la dolorosa separación de sus hijos y

los gastos y riesgos inherentes á ese alejamiento del hogar.

Algunas madres oponen á éste medio de educación algunas objeciones como éstas: «que las esclaviza; y que no es posible que los niños estudien sériamente en la casa donde tienen mil ocasiones para distraerse». Si los niños tienen hábitos de obediencia; si se le acuerda á la preceptora autoridad bastante y se hace respetar y cumplir sus órdenes sin réplica, reservándose la madre las observaciones que alguna vez le ocurra para hacérselas en privado, de suerte que no sufra su prestigio ante sus discípulas, todos esos inconvenientes quedarán salvados; teniendo la madre la libre disposición de su tiempo durante las horas de estudio.

Otro aliciente que impulsa á muchas señoras á preferir los colegios de monjas, es la enseñanza de los idiomas; sin embargo, bien apurada se vería la persona que se propusiera señalar media docena de niñas de las educadas en esos institutos, que posea, medianamente el francés ó el inglés; de ordinario, al dejar el colegio, tienen que recibir lecciones de ese como de otros ramos, si es que quieren completar su instrucción.

La madre que sin estar impedida, hace lactar á sus hijos por amas mercenarias, y que mas tarde, no interviene en su educación si no es para pagar las pensiones del colegio, abdica sus derechos mas sagrados y se priva de darles la mejor parte de su sangre y de su alma: solo es madre á medias; sólo toma la parte menos noble de la maternidad. Esta es una de las causas de que entre seres que debieran estar tan íntimamente ligados como la piel á la carne, se

vaya abriendo un surco de separación que suele llegar á ser insalvable abismo.

Cuán distinta sería la suerte de las familias si las madres se penetraran de la altura de sus deberes y se propusieran llenarlos cumplidamente! Cuantas lágrimas, cuántos punzantes dolores se ahorrarían ellas mismas! No se vería ese chocante divorcio de los hijos descreídos hasta el suicidio, y de las hijas fanáticas hasta encerrarse en el cláustro que es otra forma de suicidio: el suicidio moral!......

....

En la série de artículos que llevamos escritos sobre educación, apenas si hemos desflorado los puntos más culminantes de la materia; antes de darles término, insistiremos una vez más sobre lo que conceptuamos ser el mejor camino de la perfectibilidad humana: la MORAL.

La moral que es á la instrucción, lo que el alma al cuerpo; lo que al astro la luz.

¿Quién no conoce alguna ó algunas personas que descollando por su ilustración y talento, son, sin embargo, por su carencia de moralidad, elementos nocivos y disociadores? La instrucción si no está acompañada de la moral, es como arma de fuego en manos de niño inexperto que se hace daño con ella ó lo infiere á los demás.

Pero, ¿dónde y por quién debe ser enseñada la moral? En el hogar primero, y después en la escuela.

No es curso que se enseñe por texto: se enseña con la palabra y con el ejemplo. Cuando la madre, —y decimos la madre sin excluír la acción menos directa pero más enérgica del padre,—cuando la madre y el maestro llenen respectivamente su par-

te de labor educadora, se logrará formar *hombres.* Hombres que no digan con pesimista desaliento: «Para que es vivir!»; sino con fé y voluntad enérgica: «¿Cómo se debe vivir?» Que no digan cobarde y desdeñosamente: «Este país está perdido!» sino que al dejar la vida puedan repetir con Nelson: «Gracias á Dios; yo también he cumplido con mi deber». (1)

La naturaleza proporciona la materia prima: el ser viviente; la educación por medio de la evolución moral, debe formar al ser racional y pensante que tenga por estrella polar de su existencia la lealtad, la rectitud, el deber; hombres que como dice Horacio Mann: «Tengan vergüenza de morir sin haber ganado antes alguna victoria en favor de la humanidad.» Hombres y mujeres de temple, de carácter, que busquen infatigables la verdad y luchen por ella con entereza aún con perjuicio de sus intereses materiales. Que opongan al menguado egoísmo que esteriliza y aisla, un elevado altruismo que los haga gozar con el bien ageno: persuadiéndose de que como dice el ya citado Horacio Mann: «Las clases inferiores son aquellas que no hacen nada en beneficio de los demás.»

Con pena lo anotamos; pero hoy, por regla general, para la enseñanza moral de sus hijos, las madres descanzan en los maestros; y éstos aún cuando

[1] Felizmente hoy [1905], va reemplazando, á la de los pesimistas, otra generación de jóvenes que no solo no desesperan del porvenir del Perú, sino que lo impulsan vigorosamente por el sendero del progreso: jóvenes que en las diversas profesiones que han elegido, se presentan en la brecha firmes y resueltos y son una alhagadora esperanza para la patria: así tenemos médicos como Laborería, Barton, Larrabure, Leonard Yaworsky y otros; ingenieros como Alayza, Fuchs y Manuel C. Velarde; intelectuales como García Calderón Rey y Riva Agüero, etc. etc.

se afanen y llenen á conciencia la tarea de cultivarles la inteligencia, no hacen gran hincapié en la enseñanza moral, que suele quedar reducida á áridas reglas de conducta que llenan la memoria sin dejar rastro de su paso en el corazón. Acaso no hay enseñanza más difícil y abstrusa. «No es sino por una especie de *inspiración*, ha dicho M. Necker de Saussure, que se encuentra el lenguaje propio para conmover á la infancia»; y es necesario conmover, emocionar, interesar vivamente al niño, para que los lecciones morales se graven de un modo indeleble en su ánimo. Feliz el maestro que encuentra esa *inspiración* y que siente para hacer sentir; pasando, por una especie de transubstanciación, una parte de su propio ser espiritual, al de sus discípulos.

La madre tiene mayores facilidades para efectuar esta obra magna; como que es la que dá el primer impulso; el alma del niño en los primeros años, es libro en blanco en donde ella escribe las primeras páginas que casi siempre deciden de su futuro destino. De gran auxilio puede serles la lectura explicada de libros como el *Frascuelo* de Bruno y *Corazón* de Edmundo de Amicis.

Suele confundirse la Moral con la Religión siendo diferentes por mucho que en rigor debieran andar siempre unidas.

La Religión nos enseña las verdades eternas; los sentimientos y relaciones que nos ligan con el Creador. La Moral, como dice M. Guizot, nos enseña: «La santidad del deber, la sumisión á la autoridad paterna, el respeto á las leyes, al mandatario, á los derechos de los demás». Ella forma la conciencia del hombre y lo hace fuerte para obtener el

triunfo en las batallas que se libran entre esa dualidad que parece llevar cada uno dentro de sí: entre el *yo*, que conociendo el bien anhela practicarlo, y el otro *yo*, que nos inclina al mal, á la satisfacción de aviesas pasiones.

La moralidad individual y por consecuencia de ella la de la familia y de la sociedad, es la obra mas grande, más humana, más trascendental, que están llamados á ejecutar todos y más especialmente la madre y el maestro.

La Religión hace al cristiano: la Moral forma al ciudadano: al ser humano, al hombre ó mujer, que no marcha á ciegas ni procede al acaso ó cediendo á ageno impulso, sino que tiene conciencia de sus deberes y el propósito de cumplirlos. Ella retempla su carácter alejándolo por igual de la debilidad enfermiza y de la caprichosa terquedad. Ella lo hace el centro de círculos concéntricos formados en primer término por la *familia;* luego por la *patria;* y por último por la *humanidad*, hácia los cuales irradia amor y tolerancia, justicia y benevolencia.

En el Perú, donde la heterogeneidad de razas tanto contribuye á que estén disgregados los elementos sociales, se hace sentir más la necesidad de una educación moral y republicana, patriótica y altruista que les imprima la necesaria cohesión haciendo cesar el indiferentismo por la cosa pública, para que el interés de cada uno sea el interés de todos; y que no sean palabras vanas, sino generadoras de elevados y fecundos sentimientos; las de Dios, Patria y Humanidad.

Para obtener la consecución de esta obra magna, apelamos al corazón de las madres peruanas: solo ellas, penetradas de que dar á luz al niño, ali-

mentarlo y vestirlo es apenas la parte más mínima de la labor que la naturaleza les confiara; que hay otra verdaderamente excelsa: que es la de modelar su alma, formar su carácter; dirigir sus aspiraciones hacia lo bueno, lo noble, lo verdaderamente humano. Solo las madres pueden operar la evolución moral que el mejoramiento de la familia y el engrandecimiento de la patria exigen. Si ellas, desoyendo nuestra bien intencionada palabra y los dictados de su propia conciencia, dejan al acaso ó entregan á manos mercenarias la noble empresa de dar el impulso moral al espíritu de la nueva generación, no cabe sino exclamar con el poeta: «*Lasciati ogni speranza*...........

VIII

Vamos á decir nuestra última palabra sobre un tema de tanta resonancia sociológica y moral, cual es el de la educación de la mujer.

«La mujer, dice Mantegazza, no es ni inferior ni superior al hombre; ella marcha á su lado. El hombre y la mujer son dos líneas paralelas que avanzan juntas sin confundirse.»

Uno á otro se completan para formar el ser humano; y la analogía de su destino sobre la tierra establece entre ellos relaciones de identidad é intereses que, bien comprendidos y armonizados, pueden llevarlos al pináculo de la perfección; pero que, desvirtuados, los hace recorrer el camino de la vida cual forzados unidos por la misma pesada cadena. Al hablar, pues, de la educación de la mujer‘

hay que tocar al hombre y á la familia; por eso no juzgamos ageno á nuestro propósito sino un complemento de él, lo que nos resta decir.

Hay ciertas llagas sociales que requieren á más de mucho tacto para intentar curarlas, buena dósis de valor moral para atreverse á levantar el apósito que las cubre y aplicarles el necesario cauterio. De éste número es la parodia religiosa que, como devastadora corriente, ha ido invadiendo nuestra sociedad en el último cuarto del siglo que expira; siendo ella á la verdadera religión, lo que el dublé al oro de buena ley.

Entre los nobles sentimientos que dominan el espíritu, descuella en primera línea el sentimiento religioso: bien dirigido y aunado con la moral, lo eleva y ennoblece; pero ¡hay del pueblo en que falseado, se materializa y se emplea para lograr humanos medros y sojuzgar á la sociedad convertida en dócil rebaño!

De la influencia avasalladora que la clase sacerdotal ha ejercido desde los más remotos tiempos y en los cultos más diversos, nos presentan irrefutable testimonio: los sacerdotes de Isis en Egipto; los de Brahama en la India, los oráculos, augures y pitonisas en Grecia y en la Roma pagana; y el mismo sacerdocio católico en la edad Media cuando los pontífices desde León III coronando á Carlo-Magno y Gregorio VII destituyendo á Enrique IV de Alemania, daban y quitaban tronos, consagrando á los reyes de derecho divino, ó absolviendo á sus súbditos del juramento de fidelidad que les prestaran. Si en muchos casos sirvieron á la causa de la pivilización, á la vez trataban de consolidar su procia hegemonía.

La humanidad, eterna reproducción de la bíblica estátua de Nabucodonosor, ostentando cabeza de oro, suele llevar los piés de frágil arcilla. Cuando el sacerdote católico, fiel á la misión que el Cristo le encomendara, predica con la palabra y con el ejemplo, paz, unión y mejoramiento en las costumbres, es verdaderamente la sal que evita la corrupción del social oceáno; y espiritualizándolo, lo civiliza y encumbra; pero cuando en vez de remontarse cuál águila á las altas cumbres de lo eterno, avate su vuelo hasta consagrar sus afanes al logro de menguados intereses terrenales, arriesga que la pedrezuela desprendida de la montaña de la verdad, pulverice la base de arcilla de la estátua de las mundanas ambiciones disfrazada con el áureo manto de la religión de Cristo!

Persona habrá que al leer lo que antecede, exclame: «Abominación! Escándalo! Eso es tocar el arca santa de las creencias!» Nó; justamente defendemos su pureza contra los mercaderes del templo que hacen necesario que Jesús los fustigue con su divina palabra diciéndole como á sus antecesores: «Salid! La casa de mi padre es casa de oración y vosotros la hacéis casa de tráfico!»...............

Como la ley del oro se prueba con el Agua Regia, la piedra de toque, la marca ó sello de los verdaderos apóstoles del Evangelio, es el género de influencia que ejercen en la familia y por ende en la sociedad.

El sacerdote católico que llena cumplidamente su misión, purifica el ambiente moral y deja tras de sí regueros de luz y de enseñanza entre los pósteros. ¿Quién no bendecirá la memoria de sacerdotes como el insigne don Mateo Aguilar, como el

angelical señor Heros, y como el humilde P. Abregú? ¿Quién no recuerda con respetuosa simpatía al Dr. Salcedo último cura rector de la parroquia de San Marcelo? Ese venerable sacerdote unia á la ilustración del hombre de letras, la sencillez de alma del niño. Amante de la infancia, estuvo siempre dispuesto á colaborar en cuanto contribuyera á su instrucción y mejoramiento; ya fuera explicando á los niños el Catecismo en su iglesia, donde los atraía con su afabilidad, ya trabajando en pro de la instrucción, cuyos progresos alentaba con su presencia en los exámenes donde era solicitado. Atento á remediar las necesidades de sus feligreses, siempre tuvo un buen consejo para quien á él acudiera; de costumbres sencillas, nunca se le vió sentado á la opípara mesa del rico ni dejó de acudir á la llamada del enfermo ó del necesitado. Verdadero discípulo del que nació en un pesebre, vivió entre los humildes y murió sin tener en que reclinar la cabeza, el Dr. Salcedo siendo cura de una de las más ricas parroquias de esta ciudad, nada pudo legarle á su anciana madre que, segun se nos informó vivía de una corta renta que le asignó el Iltmo. señor Bandini.

El espíritu se refresca y la pluma corre fácil cuando en vez de censura le es dado discernir merecidos elogios.

Que hubo y hay buenos sacerdotes honra y pres de nuestro clero y de la Iglesia, justo es decirlo; pero abundan y mucho los que olvidando que el Divino Maestro dijo: «Mi reino no es de este mundo» se afanan por atesorar riquezas y conquistar influencias. Esos falsos apóstoles son los que en vez de procurar la paz y la unión en la familia, la dislocan, la anarquizan é introducen en ella la discor-

dia so pretexto de religión, son esos los que lejos de exigir el cumplimiento de los deberes domésticos, autorizan su abandono; sucediendo que, mientras la madre está devotamente arrodillada en el templo ó sentada colectando fondos para la fiesta tal, ó la congregación cuál, la casa está como nave sin timón, girando á merced del capricho de los sirvientes; y los niños desgreñados y desatendidos, salen tarde de la cama, alborotan y se atoran de golosinas; esto es sino hacen cosas peores. Siempre queda el recurso de mandarlos á la escuela: mientras son chicos *para descanzar de ellos*; que de más grandes, las mujeres serán encerradas en colegio de monjas; hasta los dieciocho ó veinte años, y los hombres irán donde los padres *para que les enseñen la religión.*

Y las relaciones conyugales?...... Mejor será no tocar este asunto demasiado espinoso y que acaso nos llevaría lejos de aquel que puso la pluma en nuestras manos. Nadie ignora lo que pasa en esos hogares donde el esposo se encuentra desatendido en sus necesidades físicas; sin apoyo en sus contrariedades y desfallecimientos; donde su autoridad queda anulada ante la del confesor......... Principian por relajarse vínculos que debieran ser eternos; y si ostensiblemente no siempre aparecen rotos, lo están en efectivo en la intimidad familiar.

Tal es la obra proditoria de los malos sacerdotes; de los que aspiran á la dominación social por medio del dominio de la conciencia; y que, conociendo cuanta exactitud encierra esta sentencia de Leibnitz: «El dueño de la educación es dueño del mundo», con paso lento, pero seguro; van posesionán-

dose del niño por medio de la instrucción, lo mismo que se adueñaron de la mujer por el confesionario

Aprovechando del descuído de padres y de esposos que si bien suelen ser hasta ultraliberales de palabra, carecen de energía en la obra, ellos van adhiriéndose por innumerables lazos al cuerpo social; lo estrechan, lo envuelven, y llegará el día en que seà imposible defenderse de los anillos de este boa constrictor.

Y no es por cierto de esos hogares fanatizados, ni de esa juventud educada monacalmente de la que hay que esperar que salgan las mujeres religiosas sin ser fanáticas; ilustradas sin pendantería; y abnegadas sin debilidad; ni los hombres de iniciativa y de corazón que tengan por divisa *Dios y la Patria*!

No pretendemos ser las primeras en conocer en toda su extensión esta dolencia social que nos aqueja; el dominio casi incondicional y perturbador que hoy ejerce el sacerdote en las familias; muchos hay que ven claramente el mal, sus progresos y probables consecuencias; pero faltos unos de energía moral; partidarios otros de «barrer para adentro»—como diría el P. Coloma,—todos callan, y los que levantan la voz, lo hacen en tono intemperante; arrojando insultos mas bien que razones á la faz del adversario; con lo que lejos de obstruirle el camino se lo allanan y facilitan.

Sin desconocer las consecuencias que tamaña osadía pudiera acarrearnos, nosotras que nos acercamos al ocaso de la existencia; que no tenemos descendientes directos cuyo porvenir nos preocupe;

pero en quien el hielo de los años no ha logrado apagar el fuego sacro del amor patrio, nos atrevemos á dar la voz de alerta; y descorriendo el velo que cubre al nuevo Lázaro, pedimos sean curadas sus úlceras por quienes tienen el poder y la obligación de hacerlo; por eso abogamos enérgicamente por la enseñanza moral y la educación laica de la juventud peruana.

Teresa González de Fanning.

Lima, abril 8 de 1898.

BIBLIOTECA DE LAS MADRES (1)

I

Al casarse una joven está, ó por lo menos debe estar penetrada de la importancia de los deberes que el nombre de esposa le impone.

Entre medrosa y anhelante, penetra en ese encantado paraíso donde se promete encontrar la deseada felicidad. Çuando su compañero mas conocedor y ejercitado en las lides y visicitudes de la vida sabe aprovechar de la voluntaria sumisión que le acuerda, y experto piloto, toma el gobierno de la nave y la dirige con acierto y firmeza, puede contar con su decidida colaboración y quedará asegurada la dicha del porvenir.

Viene luego la segunda etapa del matrimonio: el primer niño ¡Oh qué deliciosa mezcla de temor y de esperanza; de ilusiones y sufrimientos; de orgullo y de ansiedad. Ser madre! Dar vida á otro ser que participando de la naturaleza de ambos, complemente, idealice y santifique su felicidad. La maravilla de la vida; el misterio insondable, comparable solo al misterio terrible de la muerte.

Estremécese su ser á impulsos de una dulce em-

---

(1) Aunque estos artículos y otros que les siguen, fueron publicados posteriormente, por referirse al mismo asunto, se ha creído oportuno darles cabida en la segunda edición de este folleto.

briaguez al sentir que bulle y se agita dentro de sí misma otra criatura animada de su propia sustancia, que está destinada á contarse en el número de los vivientes y que será *hijo suyo*; que le dará el dulcísimo nombre de MADRE! Si será un niño, si será una linda niña!.........

Pero esos ensueños deliciosos tienen su despertar; hay que volver á la vida práctica: á la realidad. El viajero viene tan desprovisto de ese mundo interior en que habita, que hay que proveer á todas sus necesidades: desde el mullido lecho en que reposará y la finísima camisita que ha de cubrir el delicado cuerpecillo, hasta el chuponcito de albo lienzo con que saboreará su primer alimento: el paladeo. Todo se vuelve afánes, agitaciones, temores y esperanzas.

Llega por fin el tan anhelado cuanto temido instante en que á costa de dilacerantes dolores de la madre, mira la luz y respira el aire ambiente un nuevo ser humano; y, nuevo misterio! el causante de tan crueles sufrimientos, es recibido con intenso júbilo. La pobre madre quebrantada y doliente se resigna gozosa con los sufrimientos del alumbramiento y de la lactancia que, solo quien los pasó puede apreciar, con tal de que viva y no sufra el hijo de su amor. Cuánto la atormenta el más leve quebranto en su salud. Cuánto teme que esa frágil existencia se disipe cual un soplo; que el ángel peregrino despliegue las alas y se vuelva al cielo.

Mas, como la existencia es una constante cadena de compensaciones, la primera sonrisa inconsciente, el primer gorgéo, los ágiles movimientos de los piecesillos y de los mofletudos bracitos con que se ejercitan, distienden y solidifican los músculos; el pri-

mer diente, el primer pinino, son otros tantos goces deleitosos que con arrobamiento sigue la joven madre.

Con qué interés escucha las consejos de la agena experiencia en cuanto se refiere á la conservación de su niño. Desgraciadamente esos consejos son demasiado empíricos y rutinarios; aun no se han propagado entre nosotras esos manuales, que tanto abundan en otros países, que popularizando los conocimientos útiles y muy principalmente los principios de la higiene doméstica, enseñan á apreciar el valor del aire puro, del alimento sano y metódico, de las ablusiones, del jabón y en fin de todos los principales agentes de vida y de buena salud.

Esta lamentable ignorancia agravada por la miseria en las clases populares, es indudablemente la primera causa de la alarmante mortalidad de los niños en Lima y del estancamiento de su población que, como ya lo ha notado un juicioso escritor nacional, en los últimos veinte años no ha tenido sensible incremento; en tanto que Buenos Aires y otras ciudades americanas, han triplicado y hasta cuadruplicado el número de sus habitantes.

Cuán positivo sería el bien que hicieran los hombres de ciencia y las sociedades humanitarias si por medio de sencillos, fáciles y baratos opúsculos, colaboraran á la difusión de ciertos conocimientos elementales para el cuidado de la infancia y la conservación de la salud de los niños y de los adultos.

Después de la salud y lozanía del cuerpo, viene el cultivo mental; el desarrollo de la inteligencia; la educación de los sentidos y la buena educación moral.

Conságrase la mayoría de las jóvenes madres á

vestir primorosamence á sus *bebés*, copiando los más lindos modelos europeos, y á nutrirlos y alimentarlos con mejor intención que acierto. Pásmanse con los rápidos progresos de esas inteligencias incipientes; pero á las más no se les ocurre que teniendo á su disposición esa fuerza, son ellas las llamadas á dirigirla, impulsarla ó comprimirla, según convenga, para asegurar el apetecido objetivo, esto es: el desarrollo armónico, gradual y progresivo de la fuerza física, las facultades intelectuales y los sentimientos morales.

Es un lamentable error creer que esa noble tarea corresponde exclusivamente al maestro; si éste no encuentra bien preparado el terreno, solo obtendrá un mediocre resultado.

Creemos que á muchas madres les sobra buena voluntad y que acogen con entusiasmo las indicaciones que les señala el camino que deben seguir; como lo prueba la buena acogida que obtuvieron nuestras anteriores disertaciones sobre educación. Alentadas por ese éxito, emprendemos la grata labor de hacerles conocer ciertos libros puedan guiarlas para que lleven á buen término su importantísima misión.

Daremos comienzo con el «Manual de enseñanza objetiva», escrito por Calkins después de examinar concienzudamente los diversos sistemas de educación, seguidos en los más cultos países europeos, y dedicado á los Padres y Maestros, con el propósito de contribuir á cambiar el antiguo y erróneo método de ejercitar únicamente la memoria con perjuicio de las otras facultades mentales.

Siendo la *percepción* el primer acto de la inteligencia, deberá comenzarse por educar en el niño

las facultades perceptivas; enseñándole á fijar su atención en los múltiples objetos que lo rodean y á percibir las diferencias y analogías que entre ellos existen: en suma, hay que principiar por la educación de los sentidos.

Un carpintero, por experto que sea en su oficio, solo hará trabajos medianos, si los instrumentos de que se sirve son imperfectos. Siendo los sentidos los instrumentos de que el hombre se sirve para adquirir conocimientos y ponerse en relación con el mundo exterior, conviene, pues, que éstos adquieran el mayor grado de perfeccionamiento posible. La naturaleza nos dá la materia prima; al educador toca pulirla, devanarla, darle la forma y dirección conveniente. Para llegar á este resultado puede servir de guía á las madres, el «Manual de enseñanza objetiva», de que volveremos á ocuparnos más adelante.

II

Las madres tienen á su disposición muchos medios de utilizar la insaciable curiosidad de los niños, fijando su atención sin fatigarlos y cambiando el placer con la adquisición de múltiples conocimientos de práctica utilidad; acostumbrándolos á averiguar el *cómo, por qué y para qué,* de cuánto los rodea; evitando lo que tan frecuentemente sucede, que vean sin mirar; que oigan sin escuchar; que sus ágiles dedos sean torpes y desmañados; y, en fin, que permanezcan en cierto modo extraños al mundo que los rodea.

No es esto pretender que la madre les imponga á sus pequeños y se imponga ella un trabajo pesado, monótono y fatigante, nó; hay que combinar diestramente la utilidad con el placer; que el niño goce con la enseñanza y que la solicite. Para obtener tales resultados, «el gran secreto; cómo dice muy bien Calrkins, consiste en despertar su curiosidad y satisfacer su amor á la actividad.

El mismo autor añade: «la marcha natural de la educación es de lo simple á lo complejo, de lo conocido á lo semejante desconocido; de los hechos á las causas que los generan; esto es, cosas antes que nombres, ideas antes que palabras y principios antes que reglas».

Si se logra fijar la voluble atención del niño habituándole á observar los objetos, á compararlos y agruparlos; si se le enseña á inquirir la forma, tamaño, color, situación relativa de ellos haciendo que los mire, los toque, los huela ó los pruebe, según sean ellos, adquirirá una gran suma de conocimientos útiles que les facilitarán los de la escuela. En suma: trátese de que adquiera ideas y luego las palabras con que ha de representarlas.

En esta enseñanza como en todas, el gran secreto es la observación; alguien ha dicho con mucha exactitud: «La atención es el buril de la memoria». La costumbre de observar y de darse cuenta de lo que se vé, se oye, se toca, etc., centuplica los conocimientos y forma un apreciable caudal cuando ésta empieza á adquirirse desde los primeros años de la existencia.

Las bases de esta enseñanza, que debe adelantarse á la de la escuela, corresponde echarlas á la madre. Los objetos del menaje, las prendas del ves-

tido, los animales domésticos, la luz, todo en fin cuanto la rodea puede darle ocasión para entablar pláticas amenas que, sin causarles fatiga, enseñen á sus hijos á observar, á comparar, á hacer deducciones y formar juicio exacto de las cosas.

Y como en todo conviene seguir cierto órden ó método que sirva de guía ó pauta, consideramos bueno—como que lo hemos empleado con feliz éxito,—el clasificar todos los objetos que afectan nuestros sentidos, como pertenecientes á uno de los tres reinos de la naturaleza: *animal. vegetal y mineral.*

Así, después que el niño se da cuenta de esta división en animales, plantas y minerales, aprende á distinguir y clasificar según su origen y procedencia, aun las obras manufacturadas por el hombre y pueden entablarse con él diálogos come éste:

—¿A qué reino de la naturaleza pertenece el pan?

Si vacila se le ayuda por el método Socrático; es decir por medio de preguntas combinadas de suerte que le conduzcan á descubrir por sí mismo la contestación á la pregunta primordial. De esta suerte.

—¿De qué se hace el pan?

—De harina contestará el interpelado.

—¿Y de donde se saca la harina?

—Del trigo.

—¿Y el trigo?

—Lo produce una planta.

—¿Y á qué reino de la naturaleza pertenecen las plantas?

—Al reino vegetal.

—Luego el pan pertenece al reino vegetal.

De igual suerte, conforme se vaya desarrollando su inteligencia, puede, á más de inquirir la proce-

dencia de las telas de sus vestidos, de los muebles, joyas, cerraduras, etc., ocuparse de los animales dividiéndolos en cuadrúpedos, aves, peces, reptiles é insectos.

La división de los cuerpos naturales según sus diversos estados: en sólidos, líquidos y gaseosos, es otro filón explotable que, á la vez que ejercita el espíritu de observación, es una fuente de variados conocimientos; pudiendo asegurarse que tanto el niño como la madre encontrarán deleitosas tales pláticas, que cada una sabrá extender y diversificar según las circunstancias de edad, despejo y aprovechamiento del alumno; cuidando sí de no fatigarlo exigiéndole mas de lo que su natural versatilidad consciente. Hágase de suerte que el niño solicite mas bien que rehuse esta enseñanza que no deberá tener visos de tal; antes bien; el primer bostezo, el menor signo de hastío, indicarán la conveniencia de variarlas ó de suspenderlas por el momento.

Estos ejercicios deben combinarse ó más bien deben ser precedidos por aquellos otros que tienen por objeto el desarrollo y educación de los sentidos, para lo cual será utilísima la ya citada obra de Calkins: «Manual de lecciones sobre objetos», que se hallan en venta en la librería de Palacio y que es una de las primeras que deben formar parte de la biblioteca de las madres que forman el buen propósito de consagrarse á la educación de sus pequeños, considerando que no es lo esencial tener hijos lindos y primorosamente vestidos; ni aun siquiera pequeños prodigios de ciencia no asimilada, sino seres humanos tan perfectamente equilibrados, que el desarrollo físico, intelectual y moral, lejos de perjudicarse dándole la primacía á uno

con mengua ó detrimento de los otros, recíprocamente se auxilien y completen.

Para ello hay que aprovechar los dones de la naturaleza, suplir sus faltas, pulir y reformar lo que haya menester de pulimento ó reforma, lo mismo que el horticultor que, una vez nacida la planta, cuida de que ni el sol la tueste, ni le falten el riego y el aire; y que poda y recorta las ramas improductivas que consumirían estérilmente la savia que debe contribuír á la fructificación de las demas.

Calkins les enseñará á las madres cuanto partido puede sacarse del tacto, el gusto y el olfato, esos tres sentidos que tan secundarios parecen; cómo por medio del tacto se le puede enseñar al niño á distinguir un cuerpo esférico de uno plano, el áspero del suave, el frio del caliente; como haciéndole introducir la mano en un saquillo donde hay cocos, bolas, fragmentos de vidrio y de madera, etc., aprende á distinguir los diversos objetos allí encerrados, obsequiándoselo cuando, sin verlo, logra adivinar cuál es el objeto que tiene cogido.

Como aprenderá á distinguir por solo el gusto, los cuerpos sápidos ó insípidos, dulces como el azúcar, ácidos como el vinagre, astringentes como el alumbre, amargos csmo el áloes ó la retama, etc. A distinguir el olor del jazmin, del clavel, alcanfor, pimienta, almiscle, etc.

Y como de igual suerte y con ejercicios graduados llegará á distinguir los sonidos, los colores primarios y secundarios, la forma de los objetos y la mayor ó menor distancia á que están colocados; la dirección del sonido y el cuerpo sonoro que lo produce; y por ultimo á adquirir la agilidad de las manos, utilizando de diversos modos ese primoroso

instrumento con que dotara al hombre la próvida naturaleza.

Todo esto, se objetará, son bagatelas; conocimientos que el niño adquiere por si solo y sin extraño auxilio: cierto; los adquiere por sí mismo, pero los adquiere mal y tardíamente. Con justicia, pues, dice el citado Calkins: « Cuando no se presta la de-
« bida atención á la educación de los sentidos, suce-
« de á menudo que alguno de ellos se ejercita tan
« poco, que no llega á obtener el pleno desarrollo
« de su actividad. A veces acontece que por falta de
« la correspondiente atención, el sentido del oído es
« imperfecto, y en su consecuencia se califica al ni-
« ño de estúpido cuando la dificultad consiste en que
« no se ha adiestrado en percibir los sonidos clara y
« prontamente. Esta condición puede existir en los
« otros sentidos, y ser considerado el niño como tor-
« pe y de pocos alcances solo por no habérsele adies-
« trado en usar debidamente sus sentidos. »

Puede establecerse que, si hay diferencia de capacidad para asimilarse los conocimientos entre un miope y un tardo de oído y otros que tengan estos sentidos en su estado normal, no la hay menor entre el que solo tuvo la educación espontánea que se adquiere con el uso natural y ordinario de los sentidos, y aquel que ha tenido una madre inteligente y cuidadosa que se ocupe de ejercitarlo y dirigirlo convenientemente. Es seguro ques este en la escuela, en el aprendizaje de un arte ú oficio y hasta en las eventualidades ordinarias de la vida, dominará obstáculos y avanzará con mucha mayor rapidez y acierto.

Por eso nunca se encurecerá bastante la conveniencia de que las madres se consagren con celo y

las que el niño está mas familiarizado: en cada una debe indicar las partes de que consta, la utilidad que presta etc.

La segunda y tercera series tienen por fin ejercitar el juicio y la memoria, recordando las impresiones producidas por los cuerpos cuando ya no están á la vista y llevando por este medio al niño de lo conocido y presente á lo desconocido ó remoto.

En las lecciones de estas series se estudia diversos objetos más ó menos útiles ó desconocidos como la goma, la esponja, la lana, el agua, la cera, el pan, la leche, la sal, etc., etc., expresando sus usos y cualidades, y procurando que por sí mismo las descubra el niño y que enriquezca su bocabulario con los términos necesarios para nombrar las cosas y sus propiedades: así en el agua se dará cuenta de que es líquida, cristalina, reflexiva, incolora, inodora y trasparente; que la leche es blanca, líquida, dulce, grasosa y nutritiva.

La cuarta serie le enseñará á comparar entre sí los objetos buscando las analogías y discrepancias que hay entre ellos y lo habituará á ordenarlos y clasificarlos metódicamente. Así por ejemplo repitiendo y ampliando el estudio del agua, descubrirá nuevas cualidades en este elemento vital: como es potable, casi incompresible, solvente, purificante y fecundante; clasificándola y dividiéndola en agua de lluvia, de fuente, de mar, de río, termal, etc. Anotará sus diversas formas, convertida en hielo, granizo, lluvia, bruma, niebla, nube, vapor y rocío. Sus acumulaciones naturales; en oceános, mares, ríos, lagos y pantanos. Las funciones que desempeñan; pues, ella purifica, se congela, se evapora, fer-

perseverancia—que sin esta condición nada apreciable puede obtenerse,—á dar á sus hijos esas lecciones sencillas, fáciles, rutinarias si se quiere, pero que ejercerán decidida influencia en su porvenir.

III

Otro libro que puede ser de gran utilidad á las madres que quieran consagrarse á la enseñanza preparatoria de sus hijos, es el títulado «Lecciones de cosas», escrito por Sheldon, Superintendente de las escuelas públicas del Estado de Nueva York.

Este libro que al parecer por primera vez en Londres fué recibido hasta con desdén por la sencillez del método que recomienda, pronto se conquistó el favor del público, llegando á obtener hasta catorce ediciones sucesivas; y poniendo de manifiesto que «la lectura, la escritura y la aritmética», no son la única base de la instrucción primaria, operó una completa reforma en la enseñanza elemental.

Las lecciones contenidas en dicha obra están divididas en cinco series en las que gradual y progresivamente van ejercitándose las facultades del niño, siguiendo el orden de su natural desarrollo.

Las lecciones de la primera serie tienen por objeto educar la percepción, acostumbrándole á tomar nota de todas aquellas cualidades de los cuerpos que nos es dable apreciar por medio de los sentidos: así las primeras lecciones se ocupan de un canasto, una aguja, un cortaplumas, un reloj, una silla, de aquellas cosas en fin, que forman el menaje y con

tiliza, busca siempre el nivel y fácilmente se separa en partículas de forma esférica.

En esta cuarta serie, además, se hace conocer ciertas sustancias de uso común como la sal, la pimienta y la canela; y algunos metales, su procedencia y sus aplicaciones á las industrias y necesidades de la vida, como el oro, la plata, el azogue, el plomo y el hierro; sus caracteres distintivos, considerándolos como reflectores de la luz y del calor y como conductores de éste y de la electricidad.

También forma parte de la cuarta serie un estudio suscinto de los animales, de sus partes constituyentes: como el pico y las plumas en las aves; las pieles en ciertos cuadrúpedos, y la utilidad que prestan al hombre.

En la quinta serie preparada para niños de más de diez años y que se supone hayan seguido las anteriores lecciones, trátase de algunas industrias: como la del vidrio en que se les dá nociones acerca de su orígen, variedad y sustancias que entran en su composición; de la seda, la manera de producirse y de manufacturarla, etc.

Pasando luego á ocuparse del reino vegetal, se les hace conocer las partes constitutivas de las plantas y de los árboles, ocupándose más esencialmente de algunas de mayor utilidad y de más frecuente empleo, como el trigo, el maiz, el arroz, el corcho, etc. De varios objetos que el hombre prepara ó utiliza, como el papel, los huesos, la cola, el marfil, el cuero, el jabón, el carey, la mantequilla, el azufre y otras sustancias inflamables.

De este modo el niño se familiariza con una multitud de objetos que están al alcance de su mano ó de su vista; de seres animados ó inanimados; adquie-

re hábitos de observación y deducción, cuyo conjunto le será de inapreciable utilidad en la vida práctica, cualquiera que sea la clase á que pertenezca y el puesto que le toque desempeñar en la labor social.

A estas ventajas se agrega la de que esta enseñanza, cambiando de curso á la ávida curiosidad infantil, es un medio indirecto y moralizador de retardar en los niños el desarrollo de los instintos sexuales, tan precoces en los nuestros, y que tal vez es la causa principal de la degeneración de la raza y de su relativa inferioridad respecto de los pueblos en que domina la sangre sajona.

Y, que no se asusten las madres, creyendo que esto sería imponerse un trabajo ímprobo: no; la lección de un día facilita la del siguiente; y podemos asegurar á las que se decidan á seguir nuestro consejo, que, con un poco de esfuerzo y un mucho de perseverancia y de buena voluntad, tendrán, á más de la satisfacción que proporciona el deber cumplido, el derecho de poder decir con noble orgullo: he dado á mis hijos no solo la vida material que más que á mí se la deben á la naturaleza; les he dado la vida intelectual, proporcionándoles un caudal de ideas que es un capital que nunca se agota y siempre fructifica.

IV

Corazón, por Edmundo de Amicis, es un interesante libro que, si bien en rigor no es para las madres, en él pueden ellas ayudar á sus hijos á coger

hermosas espigas en el campo de la moral y de la virtud.

Es el diario que sigue un pequeño estudiante desde su ingreso á la escuela. En él anota impresiones, refiere anécdotas ocurridas en las aulas, en su casa y en la calle: todo en estilo sencillo y natural; sobrio en detalles pero rico en sentimiento y preñado de interés. Consecuente con su título, habla al corazón, conmueve y enseña, sin dejar conocer tal propósito.

Escrito especialmente para los niños, su lectura es deleitosa para ellos, y los adultos siguen con interés la sencilla y amena narración. La más encomiástica recomendación que de esta obrita puede hacerse es dejar constancia de que ha obtenido ya 44 ediciones sucesivas. Es uno de aquellos libros que nunca envejecen, por cuanto más que á una nación ó á una clase determinada, se refieren á la infancia en general: es de aquellos que pudiera decirse humanos, pues comprende los sentimientos del corazón humano así lata en las nevadas estepas de la Siberia ó en las ardientes regiones de los trópicos. Su autor que es un notable literato italiano, puede estar justamente orgulloso de su obra.

Es, sin duda, un bello modo de inculcar la moral en los corazones infantiles: qué niño no se hallará inclinado á imitar la abnegada conducta de Roberto cuando, con riesgo de su propia vida, se lanza á salvar al chiquillo que iba á ser atropellado por un ómnibus?

Qué mejor medio de inculcar el afecto por los compatriotas, que la presentación que el Maestro hace del muchacho calabrés y cuando termina diciendo á sus discípulos: «Tratadlo bien á fin de que

« no sienta estar lejos del país natal; hacédle ver « que todo chico italiano encuentra hermanos en « toda escuela italiana donde ponga el pié. » Y « llamando é Deroso, el primero de la clase, le dice: « Dá el abrazo de bienvenida, en nombre de toda la « clase, al nuevo compañero; el abrazo de los hijos « del Piamonte al hijo de Calabria. » No puede encontrarse un mejor medio de grabar en los corazones de los niños el sentimiento de confraternidad nacional.

No es una narración seguida que pudiera hacerse fatigosa y monótona; cada capítulo tiene su acción y su enseñanza propias; son como perlas engarzadas que se juntan sin tocarse y sin confundirse, realzando cada una la nítida belleza de sus vecinas.

Tiene rasgos encantadores: quién leerá sin emoción la escena en que el caballero Nobis impuesto de que su hijo Cárlos había ofendido al hijo de un carbonero diciéndole: «Tu padre es un andrajoso », lo obliga á repetir estas palabras de satisfacción que él mismo le dicta: « Yo te pido perdón de la « palabra injuriosa, insensata, innoble, que dije « contra tu padre, al cuál el mío tiene á mucha « honra estrechar la mano » ¡Qué mejor enseñanza de verdadera nobleza que la que reconoce su falta y levanta al hijo del pueblo á su propia altura borrando esos odios de clases, gérmenes fecundos de cataclismos sociales!

La caridad, el patriotismo, el santo amor á los padres, la abnegación, el desinterés, la compasión por los desvalidos, el respeto al deber, el cariño y gratitud al maestro, el amor al trabajo, en fin todos los sentimientos buenos, generosos y honestos

que puede abrigar el corazón humano y levantar y ennoblecer al individuo, están allí expuestos con adorable sencillez. Muy mal dotado estará el niño ó muy viciada será la educación doméstica que haya recibido, si al leer *Corazón* no se siente inclinado á imitar los bellos ejemplos que este cinematógrafo moral va presentando á su vista; especialmente si tiene una madre discreta y cuidadosa que, evitando la lectura atropellada é inconsciente, fije su atención en cada rasgo saliente y se lo recuerde cuando la oportunidad lo requiera.

Conocí á una buena señora que el medio que empleaba para aquietar á sus turbulentos niños era el de leerles algun trozo apropiado; pendientes de sus labios, los chicos la escuchaban con avidez y, multiplicando las preguntas,se suscitaban interesantes conversaciones en las que adquirían útiles y variados conocimientos. No logran su objeto los padres que compran libros y los entregan á los niños que principiando la lectura con la vehemencia propia de su edad la abandonan luego con la inconstancia natural de la misma. Es preciso enseñarles á comprender, á juzgar, á comparar acertadamente; solo así se consigue que asimilen y seleccionen lo útil lo bueno y lo bello; lo demás es arrojar la semilla á merced del viento que la arrastra, la arremolina y la esteriliza.

«*Frascuelo*», por Bruno, es un librito bastante usado en nuestras escuelas y del que las madres pueden sacar, abundante cosecha de ideas, conocimientos y prácticas morales en favor de sus hijos, siempre que se tomen el trabajo de hacerles notar todo lo que de bueno y útil encierra. Para obtener ese resultado conviene hacerles preguntas so-

bre lo que han leído, explicándoles el significado de ciertas palabras nuevas para ellos, y aún haciendo que de memoria escriban lo que de su lectura recuerden. Este último ejercicio facilitándoles la expresión de sus pensamientos, les será de indiscutible utilidad.

El estudio del niño, por Taylor, y la *Psicología aplicada á la educación*, por Compairé, son obras en que las madres de familia pueden hacer acopio de sana doctrina aplicable á la buena dirección de sus hijos.

La nouvelle education de la femme, por la Viscondesa de Adhemar, obra coronada por la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París, es sustentadora de lo que pudiera decirse el liberalismo católico.

Considerando que la sólida instrucción de la mujer contribuye eficazmente al entronizamiento de los principios católicos en la sociedad, y estableciendo cierto paralelismo entre la religión y la ciencia, aboga porque se dé mayor amplitud á la educación de la mujer en las clases elevadas; completándola por medio de lecturas que la pongan al corriente del movimiento científico, histórico y literario, especialmente en el siglo XIX. La obra está precedida de una encomiástica carta de Monseñor Sueur, Arzobispo de Avignón, la cual es una garantia más de la perfecta ortodoxia de los principios que sostiene; abunda en ideas elevadas y útiles enseñanzas. No sabemos que haya sido traducida al español, como tampoco la del doctor Jules Rochard titulada: *L'education de nos filles*. Estas y la *Historia moral de las mujeres* por E. Legou-

vé, son obras utiles é interesantes y cuya amena lectura encierra provechosa enseñanza.

«De la educación intelectual, moral y física», es obra que el nombre de su autor, Herbert Spencer, nos exime de toda recomendación.

La colección de las obras de Smiles: *El Carácter*, *El Deber*, *Ayúdate!*, *El Ahorro* y *Vida y Trabajo* deben ocupar un lugar preferente en la biblioteca de las familias que se preocupan del porvenir de la juventud y que se proponen formar hombres enérgicos, morales y capaces de afrontar valerosamente las dificultades que la vida ofrece; y mujeres que, sin perder la exquisita gracia femenil, esten convenientemente preparadas para el desempeño de la doble misión de esposas y madres á que la naturaleza las destina.

Ah! si tales aspiraciones se generalizaran, pronto los perfumados sietemesinos y las cloróticas señoritas de talles de avispa, toda esa juventud atacada de neurosis aguda, haría puesto en el escenario de la vida á otra mas robusta de cuerpo y espíritu y de más positivos y nobles ideales. En bien de nuestra patria hacemos votos porque nuestras indicaciones contribuyan á efectuar esta benéfica evolución de que tan necesitada está nuestra sociedad, hoy justamente acusada—por mucho que nos duela el confesarlo,—de oscurantismo y retroceso.

TANTEOS

INSTRUCCIÓN PÚBLICA

I

Todos anhelamos el bien público; el progreso nacional; y ¿quién no lo deseará? Todo está en encontrar el camino que lleva á la codiciada meta; que facilite la adquisición del anhelado objetivo. Los más sabios y entendidos dicen: el medio más seguro es el de multiplicar las escuelas; si es posible, que no quede ni un solo analfabeto en la república. Y en apoyo de su opinión nos muestran las estadísticas que ponen el mayor ó menor grado de civilización de las naciones, en relación directa y obligada con el mayor ó menor número de analfabetos que en su seno encuentran; terminando con esta frase de no sé quién, que ha pasado á la categoría de aforismo: "En la guerra franco-prusiana, fué el maestro de escuela el que venció á la Francia."

De acuerdo con estas ideas, el supremo gobierno acaba de expedir un decreto, que merece ge-

neral aplauso; creando escuelas elementales en todo el ámbito de la república. Huelga decir que tal decreto es bueno; bonísimo; pero aún le falta un complemento. Pruebas al canto: — como solía decir uno de nuestros escritores de antaño; — y para facilitar la tarea de observación á que invitamos á quienes quieran seguirnos, circunscribamos ésta á la capital, haciendo, por ahora, caso omiso de nuestras provincias de la sierra y de la montaña, donde la gran masa de la población está compuesta por analfabetos, de cuyo fósforo cerebral aún no ha brotado la primera chispa.

Raro será hallar entre los vecinos estables de Lima, que cuenten menos de cincuenta años, un analfabeto; para comprobarlo basta fijarse: ya en las nubes de chicuelos de seis á doce años que, como mosquitos trompeteros, pululan por las plazas, calles y estacionss, asaltando y hostigando á los transeuntes con su doble mercancía de periódicos y de números de lotería; ya visitando algunos talleres en los que, de seguro, no se encontrará oficial de sastre, de zapatero ó de ebanista, que no sea apto para copiar una versada y para escribirle una epístola amorosa á su Filis; aunque en ella salga rudamente estropeada la ortografía de la lengua. Y siguiendo esta revista inquisitiva veremos cómo los cargadores en las esquinas, los cocheros desde su elevado puesto, y los mayordomos y porteros de casas particulares, de almacenes y de oficinas, se solazan á diario con las noticias que publican los periódicos locales y están al tanto de las derrotas y victorias de rusos y japoneses; de las huelgas de

obreros; de los suicidios y crímenes espeluznantes realizados en estas y en lejanas tierras. Queda, pues, de manifiesto que en Lima; al menos en el sexo fuerte, no hay iletrados si no es por rara excepción.

Ahora si de "ellos" pasamos á "ellas:" qué "niña" de Malambo ó de los barrios altos, no va á misa provista de libro para leer las oraciones? Cuál, la que no sabe—en teoría,—el sistema métrico, ó que ignora que Londres está situado á orillas del Támesis y que Roma es la capital de Italia?...... Estas y otras muchas cosas que suelen ser de poca utilidad para ellas, las saben de corrido; lo que más bien suelen ignorar y que les resultaría de mayor provecho en la vida práctica, es la manera de lavar ó planchar una camisa; de preparar un guiso suculento; de aplicar una cataplasma ó un pediluvio; y en fin todo aquello que constituye el gobierno y arreglo de una casa.

De allí proviene, al menos en parte, que las habitaciones de los artesanos y jornaleros—con raras excepciones,—sean inmundos cuartos reñidos con los más rudimentales principios de higiene; donde viven en nauseabunda mescolanza con los cacharros y con los animales domésticos, con daño para la salud de sus moradores, y dando orígen á esa gran mortalidad de párvulos que con justicia alarma á los que se preocupan del bién público.

Y estos males que á la ligera esbozamos, serán ocasionados por falta de trabajo ó porque éste sea mal remunerado? Nó; nuestro pueblo no sufre de hambre, ni de frío, ni tiene trabajo

penoso, largo y mal remunerado como el proletario europeo: aquí sobra trabajo y escasean los trabajadores; el jornalero, el artesano, el cargador, imponen precios exhorbitantes, que hay que aceptar ó carecer de los servicios que se solicitan. Ellos, trabajan cuando quieren y cuanto quieren; siendo muy frecuente que se pasen largas horas sentados sosteniendo conversasiones salpimentadas con el vocabulario soez, ó bien haciendo copiosas libaciones en las pulperias, donde se consume la mayor parte de su ganancia, que solo por excepción se emplea en procurarse un vestido decente; un mueble de comodidad; un alimento confortable para su familia.

Y ellas?...... Que contesten por nosotros las madres de familia que se lamentan de la escaces siempre creciente y de la pésima calidad de la servidumbre; que hoy ya se denominan "empleadas" y que se resisten á contratarse en las casas "con cama," prefiriendo el servicio libre en las fábricas; sin que falten ya algunas bravas que acometan la venta de periódicos y de suertes; y que regenten las mesas de "raspadillo" ó helados á la minuta importados por los nipones.

Resultado: que el pueblo en Lima, sin ser ignorante, carece de laboriosidad, de espíritu de órden y de economía, vive mezquinamente y desatiende por completo su salud y la de su familia. ¿No sucederá algo semejante en muchas otras circunscripciones de la república, especialmente en la costa?.......

Mr. Tarde, notable criminalista y sociólogo francés, en su interesante tratado: "La criminalidad comparada," después de bien fundados ra-

zonamientos acerca de la influencia que sobre la criminalidad ejercen la instrucción, el trabajo, la riqueza, y el declinar de las creencias religiosas, refiriéndose á la instrucción primaria, se expresa así: "No hay que extrañar, pues, que no "se revele en la estadística criminal rastro algu-"no de influencia benéfica, ejercida por el pro-"greso de la instrucción primaria sobre la crimi-"nalidad. Vese bien claramente la acción de la "instrucción sobre la locura y el suicidio, que "aumentan paralelamente con sus progresos; no "se percibe en modo alguno su pretendida acción "restrictiva sobre la criminalidad. La memo-"ria oficial da fe de ello y lo deplora"......

Afortunadamente, para neutralizar el amargor de los conceptos de Mr. Tarde, fundados en el irrecusable testimonio de la estadística, tenemos la autorizada opinión de Lombroso, quien aboga ardorosamente por la educación de los niños como el medio más eficaz de luchar contra la criminalidad y enaltece "toda institución filantrópica que tiene por objeto á los niños, y los guarda, los proteje y los acostumbra al trabajo"......

Si bien á primera vista parece que estuvieran en completo desacuerdo estos dos hombres de ciencia, acerca de la eficacia de la instrucción primaria para la reforma de las costumbre sociales, no es difícil ponerlos de acuerdo, con sólo fijarse en que, si Tarde indica el mal, Lombroso señala el correctivo en las palabras que de él citamos: ellas dan la clave; marcan el derrotero que conviene seguir. En efecto: la instrucción, sin hábitos de trabajo, sin espíritu de órden y de eco-

nomía, favorece el desarrollo de los instintos criminales; la misma teniendo por base la moral, los combate y enfrena.

El estado no tiene el deber de hacer sabios; pero sí le incumbe el velar porque se propague y vulgarice la instrucción elemental, cimentada en los más severos principios de amor al trabajo y al órden. El maestro, su obligado colaborador en tan noble empresa, es el directamente llamado á inculcar con la palabra y con el ejemplo, en los futuros ciudadanos, los principios de sana moral y la conveniencia de observar la más rigurosa higiene, como el medio más eficaz de conservarse sanos y hasta de mejorar su condición social.

II

Otra vez vamos á ocuparnos de este tópico de importancia nacional y casi diríamos universal: de la instrucción de la infancia.

La conveniencia de sujetar á los niños á una estricta disciplina moral; es decir de educarlos á la vez que instruirlos, la ponen de manifiesto por los buenos frutos que la sociedad reporta, las escuelas correcionales de varones y de mujeres que hoy funcionan en Lima donde sobre una sólida base de moral, se les habitúa al trabajo, al orden y al método.

En la de varones, actúan talleres de carpintería, herrería, talabatería y otros. De la de mujeres salen cigarreras, zapateras, labanderas, etc.;

es decir que adquieren hábitos de trabajo y medios para ganar la subsistencia; con lo que devuelven á la sociedad miembros útiles y sanos, en vez de los dañados y en camino de completa perversión que se les entregara: siendo de notar la halagadora circunstancia de que ambas instituciones estén regidas por peruanos. Además en la escuela de mujeres, se trata de implantar telares para hacer tejidos de seda, como con tan buen éxito se practica en Lyon donde muchas familias pobres se sustentan haciendo en su propia casa esa delicada labor que entregan después á las fábricas habilitadoras.

Las "Escuelas Salecianas", que se van difundiendo en la república, aunque análogas á las anteriores y muy apreciables por los medios educativos de que se valen los discípulos de Don Bosco para inculcar en los chicos que se les confian, sana moral á la vez que instrucción elemental y enseñanza práctica de diversos oficios, están menos al alcance de las clases populares á que están destinadas, por las pensiones relativamente fuertes que por los alumnos se cobra. Además, con razón ó sin ella, pretendese que se les somete á faenas sobradamente rudas para su edad, su constitución y las condiciones climatológicas del país; siendo eso causa de que algunos sucumban víctimas de la tuberculosis ó del raquitismo de que tal vez poseían ya los gérmenes.

La "Escuela Maternal", instituida por la "Sociedad Auxiliadora de la Infancia" y que ultimamente ha recibido beneficiosas reformas, pertenece al minmo tipo que las anteriores, si bien corresponde á un peldaño mas elevado de la es-

cala social: allí se educan niñas de familias pobres pero honorables y, á la vez que los estudios comprendidos en el 1.^{er} grado de instrucción, se las pone expeditas en todo lo concerniente al buen orden de sus casas. El amplio local donde se reunen, tiene todas las condiciones exigidas por la higiene en cuanto á luz, ventilación y aseo; aseo que las alumnas tienen el deber de conservar. Ellas se turnan para el barrido, limpieza de techos, paredes y vidrios: las mayores se encargan de lavar los mandiles de las pequeñas y alternativamente asisten por parejas á la cocina, donde se ejercitan en la preparación de los alimentos; todas cosen para sí y para los chicos de la Cuna, que es otra dependencia del mismo establecimiento.

En la Escuela toman un buen almuerzo y lonche. La Sociedad les proporciona con frecuencia calzado y al fin de año reciben una muda de ropa, á mas de libros y juguetes en relación con la edad de las educandas.

El número de alumnas que en este año educa la Escuela Maternal, pasa de 70; si de estas, siquiera 50 corresponden á la sólida enseñanza que allí reciben, serán otros tantos miembros útiles, troncos quizá de otras tantas familias que á su vez enseñen con su ejemplo á sus conciudadanos.

Cuando estas niñas terminan sus cuatro años de estudio en la Escuela, la Sociedad sigue amparándolas y se afana por procurarles trabajo bien retribuido según sus aptitudes: ya sea en la misma Escuela, como auxiliares, ya en la Cuna donde se les dedica á cuidar de los pequeñuelos que la institución recibe durante el día.

Intencionalmente nos hemos detenido al tratar de la Escuela Maternal, porque instituciones como las que, con ayuda del Municipio y de la Beneficencia; fomenta la "Auxiliadora de la Infancia", y la fundada por la Señora Concha de Concha, honran los sentimientos humanitarios y patrióticos de los damas peruanas y les conquistan junto con la gratitud de los beneficiados, el aprecio general. Lo hacemos constar, no como elogio que ellas no apetecen y que mas bien pudiera herir su modestia, sino como ejemplo digno de ser imitado por tantas otras que disponen de tiempo, de caudal y de buena voluntad.

No todo se ha de esperar del Gobierno y de las autoridades; la iniciativa particular, bien poco ejercitada en nuestro país, puede hacer bienes incalculables en la capital y en las provincias: á la obra pues!

Marzo 1905



